

PUNTO DE PARTIDA

AÑO VII, Número 64-65

Dirección: Eugenia Revueltas.

Jefe de Redacción: Marco Antonio Campos.

Dirección General de Difusión Cultural.

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D. F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 5.00 M.N. Número doble \$ 10.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 25.00 M.N. Números atrasados \$ 10.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 20.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Ala Norte Auditorio Justo Sierra Humanidades, C.U., de lunes a viernes de 10:00 a 12:00 horas. La Maestra Eugenia Revueltas recibe lunes, miércoles, jueves y viernes de 12:00 a 14:00 horas.

sumario

POESIA

PRIMER LUGAR: Menciones

Jorge Salmón

SEGUNDO LUGAR: El estornudo de un etcétera.

Herminio Martínez

TERCER LUGAR: Poemas.

Eugenio Metaca

CUENTO

PRIMER LUGAR: Otra vez reptando en tus rodillas acariciándote con la misma lengua blanca

Elsa Castro Rea

SEGUNDO LUGAR: Del Señor por sobre todas las cosas.

Alberto Enríquez

TERCER LUGAR: Siempre estabas Luvianka.

Francisco José Amparán

TEATRO

PRIMER LUGAR: Bienvenido, papá

Eusebio Ruvalcaba

SEGUNDO LUGAR: El alhelí se marchita

Ma. Beatriz Ambriz

TERCER LUGAR: Compañía

Sergio Avilés

VIÑETA

PRIMER LUGAR

Humberto J. Robles

SEGUNDO LUGAR

Ricardo Morales

TERCER LUGAR

Luis F. Enríquez

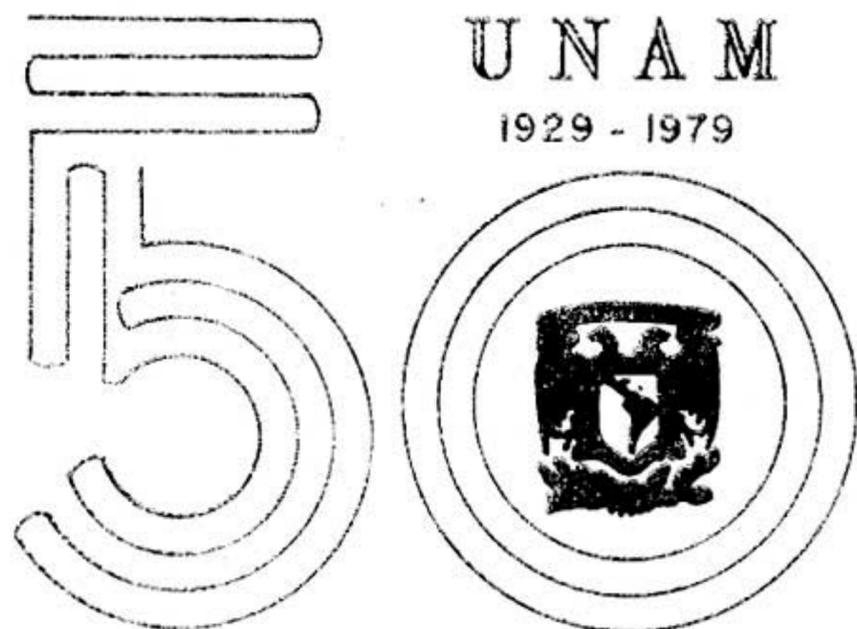
MENCION

Javier Galindo

Advertencia

Este número reúne a los jóvenes premiados en el XII Concurso de la Revista Punto de Partida (1979), en las ramas de Poesía, Cuento, Teatro y Viñeta.. Queremos agradecer a los señores jurados de cada rama su valiosa colaboración: Ida Vitale, Ernesto Mejía Sánchez y Jaime Velázquez (Poesía), Julieta Campos, Francisco Prieto y Luis Fernando Brehm (Cuento), Rubén Piña, Armando Partida y Vicente Leñero (Teatro), Helen Escobedo, Raquel Tibol y Vicente Rojo (Viñeta).

PRIMER LUGAR



AUTONOMIA UNIVERSITARIA

POESIA

Menciones

1er. Premio

por Jorge Salmón

... y he aquí que el tiempo y el lugar se precisan. Hoy. Aquí. La hora que suena. Y, a mi alrededor, la vida. La hora, el lugar, una tarde de abril, París, una tarde clara al ponerse el sol, los ruidos monótonos, las casas blancas, los follajes de sombras ...

... Ha sonado la hora, son las seis, la hora esperada. Aquí está la casa en la que debo entrar y donde encontraré a alguien. La casa. El vestíbulo. Entramos.

Les lauriers sont coupés
J. Joyce

es compartir la animación del viaje
Gabriel Zaíd

"Leer poesía"

PRIMER LUGAR



Presentación

a José Emilio Pacheco

De esta hoja en blanco está amaneciendo:
estoy atado a la hoja letra a letra y construyo el mundo
del sombrero salta como rana la primera mujer y mira lo presente
esta historia emerge desde su nostalgia y toma forma,
apoderémonos de esta hoja en blanco yo los conmino a que así sea
en los parques en las avenidas en las estancias de la muerte
sin tomar en cuenta a la cotidianidad que nos acosa como lobo herido
el saludo ciudadano es un leve aliento de gallo
que adivina la madrugada
tu sol habita como palomo en lo alto del templo
en que las primeras lluvias del verano resbalan como lagartijas
bajo el paraguas que contiene a una niña triste
duerme al vampiro que la inventa
mientras la lluvia siga los ojos de los muertos
se enrojecerán como brasas
el agua arrastra abrojos y sueños muertos
por entre las sucias baldosas
sin embargo las campanadas que tejo bien pueden no existir
si usted huye
su gallo debe indicarle si usted podrá continuar a la mañana siguiente
la última golondrina que habita en ti deberá abandonarte
pues contiene en su pico el último minuto que hará realidad su regreso
entre gallo y golondrina hay un espacio en que habita la muerte
y renueva este intento de fructificar la hoja en blanco
algo nuevo vive en usted
su gallo giro lo anuncia en el alero de su casa
la cara del día se conforma frente a todos nosotros
los gatos saltan elásticos jugando con la madeja de esta historia
y todo el rompecabezas que ordenamos vuelve al fondo
de la página en blanco
el gallo insomne canta en lo alto de la barda
su parte de este juego
y yo... armándome de estas frases saludo a usted
a pesar de todo

Interpretación del abandono

a virginia

te pienso como si reconstruyera tu cuerpo
la estación del año en que nos encontramos
no tiene caso mencionarla
resulta que es como un saco donde acumulo frases que recojo
por todas partes donde camino
este encuentro se inicia en el momento en que un gallo afila su pico
y se dispone a cantar su manera de componer la vida
gallo y tú se acoplan del alba a este insomnio que me delata
las horas se conducen por mi espalda como fila de árboles que cuento
un gato flaco propone en su andar despacio el regreso a casa
en la boca del lobo se elabora la sábana de la noche
y los vecinos se ocultan tras las puertas empuñando
marros de miedo
en el hocico de la ventana suena la voz del invierno
yo custodio mi propia manera de andar suelto
y pastoreo tres gallos-muerte que brincan las frases encendidas
que les pongo
te llamo por tu signo y apareces besando las mejillas
de esta noche de lobos muertos
y te desbarato palabra por palabra
como consta
en la palma de tu mano

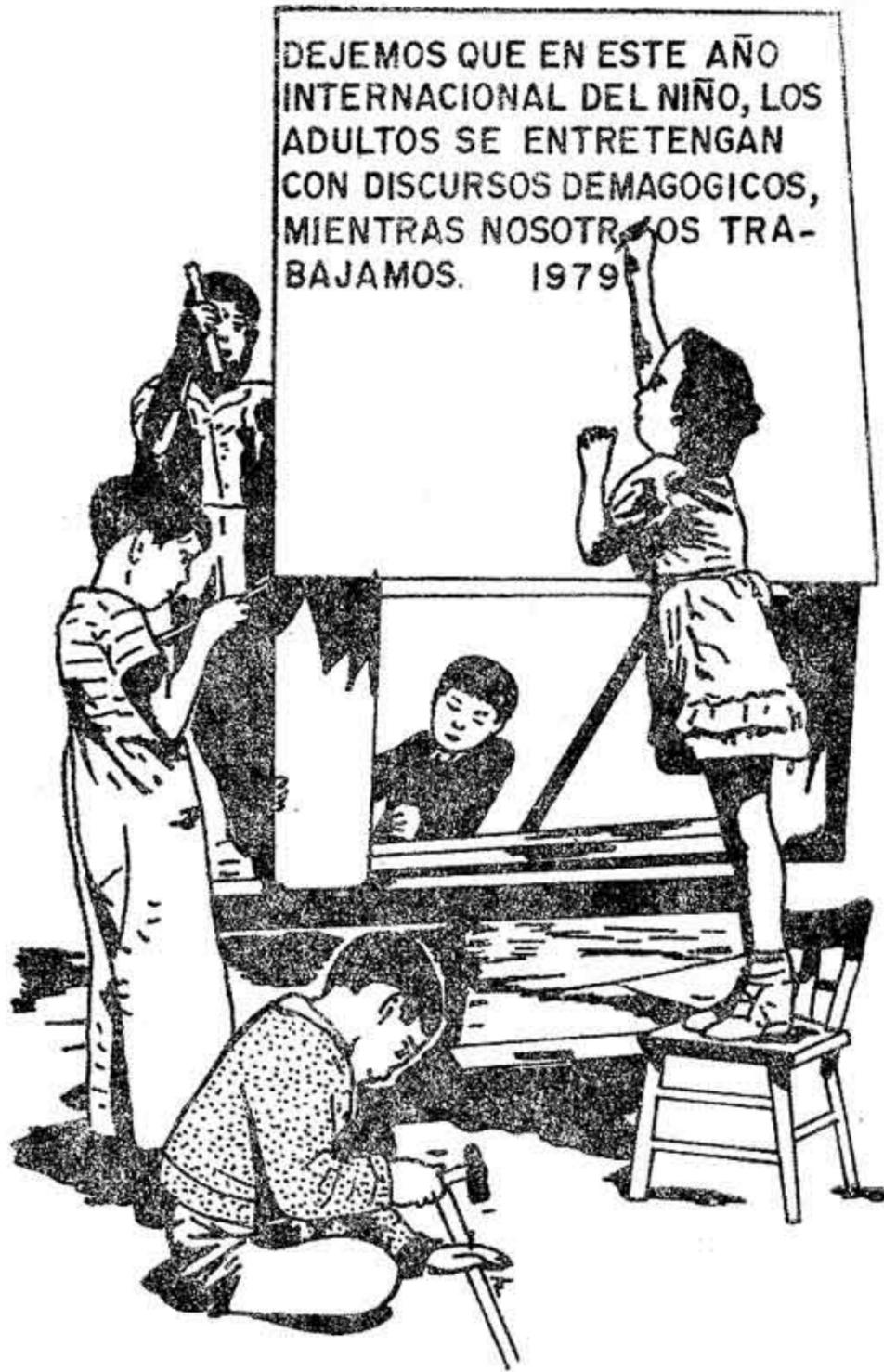
PRIMER LUGAR



Ratificación

el silencio se delimita por el respiro de una bestia moribunda
en las garras de la noche
tú la escuchas y te ocultas para que no apague tu mirada
el mundo es menos cuando tu puño se cierra y anochece
en tal oscuridad la mirada de un gato tieso te contiene
y te cambia de lugar según mire tu presencia o no
la noche implacable gime
y disuelve nuestra presencia en tinta negra
no hay quien mida nuestras frases
ni las comprenda para vivir
sólo un aliento de muchacha puede romper este huevo negro
y en seguida amanecer
con todos nuestros vecinos
como a usted le consta

PRIMER LUGAR



Instante

a jorge martínez

las hora de la tarde las encuentro en tus dedos como arena fina
cuando los pasos del gato humean y amenazan con su horario
haciendo menos tu palabra herida tu antorcha apagada
y exacto a esta hora un ciudadano furtivo para tu reloj
confundiendo el movimiento completo de tu cuerpo de tu lenguaje
sólo de la palma de tu mano fría insiste una llama lenta
cierto cuando un gorrión cae sin remedio hasta el fondo de su canto
así será siempre y cuando una mujer no te acoja en su mirada
en medio de lo que dicto y te pierdas en las frases

entre línea y línea

como en la Ciudad de México

sigamos adelante porque el instante no ha parado

y te arrastra como lira

persiguiendo a una muchacha rubia que se enciende en público

comiendo fresas

la tecla de esta ibm salta como rana y pinta su letra

en tu espalda

y descubres que eres sólo parte de la frase

con que trato de iniciar el poema

Encuentro

a José Carlos Becerra (IM)

la mañana se posa en tu hombro como halcón maltés
inicias corredores y andamios corredores y grandes
ciudades que inventas se levantan como velas de barco
navegas reanimando océanos y pájaros mortecinos
emergen de tu frente campanas y palomos de otoño
el invierno asiste a tu construcción y tu mirada nos contiene
yo descifro tu ausencia tu aniquilada barca

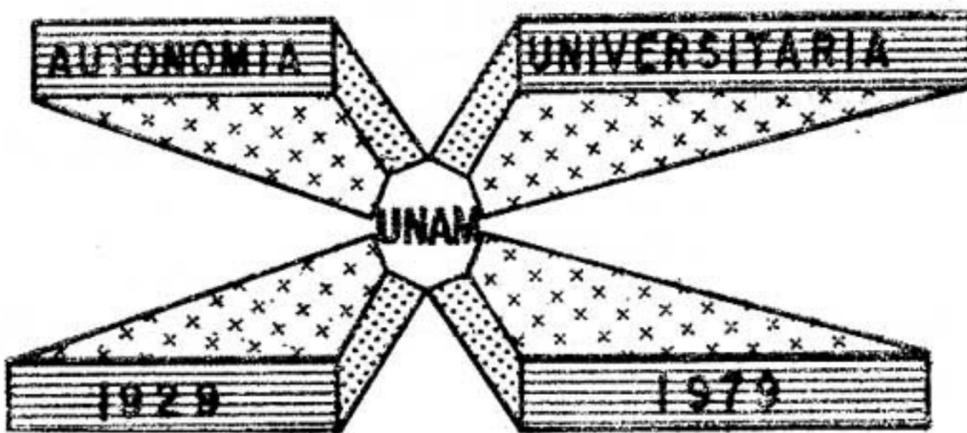
las tablas que escribes llegarán a la orilla

yo te nombro y se levantan viejos árboles
te nombro y cien mil alondras se abren al vuelo
te nombro y parvadas de gallos cantan
te nombro y amanece

y un halcón blanquísimo se despoja de su imagen
el sol despliega tu poema y tu mensaje

yo me pongo de pie y saludo
el paso de tu barca

PRIMER LUGAR



Lo que construyo

yo joven parto de la ira y me hago acompañar del gallo giro
armo el rostro de los amigos lejanos y los contengo en frases cortas
mi tarea es fragosa y cansada pues no siempre la memoria es fiel
mil toneladas de barro me entretienen para convertirlo en gallos firmes
construyo un papagayo taciturno y ardiente que toma vida por esta tecla
fríos edificios que maldice la hormiga y todo es un vértigo

de barro negro

el gallo giro picotea las palabras que voy parando

y nacen frases nuevas

dando vida a lo que ocultamos en costales de sueño en la intentona
de recopilar nuestras desgracias más elementales

tres coyotes hacen malabares

con las imágenes rotas que expresamos a diario

que soltamos como papalotes a que asciendan en leves giros y espirales
hacen malabares y las cambian de colores

hacen malabares y las tragan

lanzan fuego por el hocico y el gallo girino huye

tragan frases y se inflan los hombrecillos tragan y sudan

los ciudadanos inofensivos se asombran y reculan en la desolación

tratando de interpretar la compañía del gallo giro

en esta ciudad negra

me sigue desde que su pico aterroriza con su canto matutino

lleno de rencor

y de grises presagios que ismboliza en su manera de aletear

sobre la barda de soledades

los animales que edifico en barro rojo

pastorean su propia oscuridad

en sus entrañas reinician movimientos perdidos en el péndulo

avenidas calles callejones andamios escaleras azoteas jardines puentes

patios alcobas bares cocinas supermercados condominios carreteras

pasos a desnivel caminos lotes baldíos y los recodos innombrables

de la ciudad debido a su abandono humano y significativo

sin embargo este oso alevoso se empeña en destruir lo que construyo

se los cuento lo más profundo de esta página

abierta como ventana

por donde usted asoma y muestra su rostro perfecto de sueño

yo descifro su frente oscura y lo hago constar en breves frases

como telegramas impresos en bardas y paredes de la ciudad

mi gallo extiende brechas por barrios desconocidos

y canta su manera de entender las ausencias

y sigo con las manos ocupadas en el barro negro

y termino mi trabajo ante la insólita mirada

de seis millones de ojos

de ciudadanos altivos y fugaces que no se mueven de su sitio

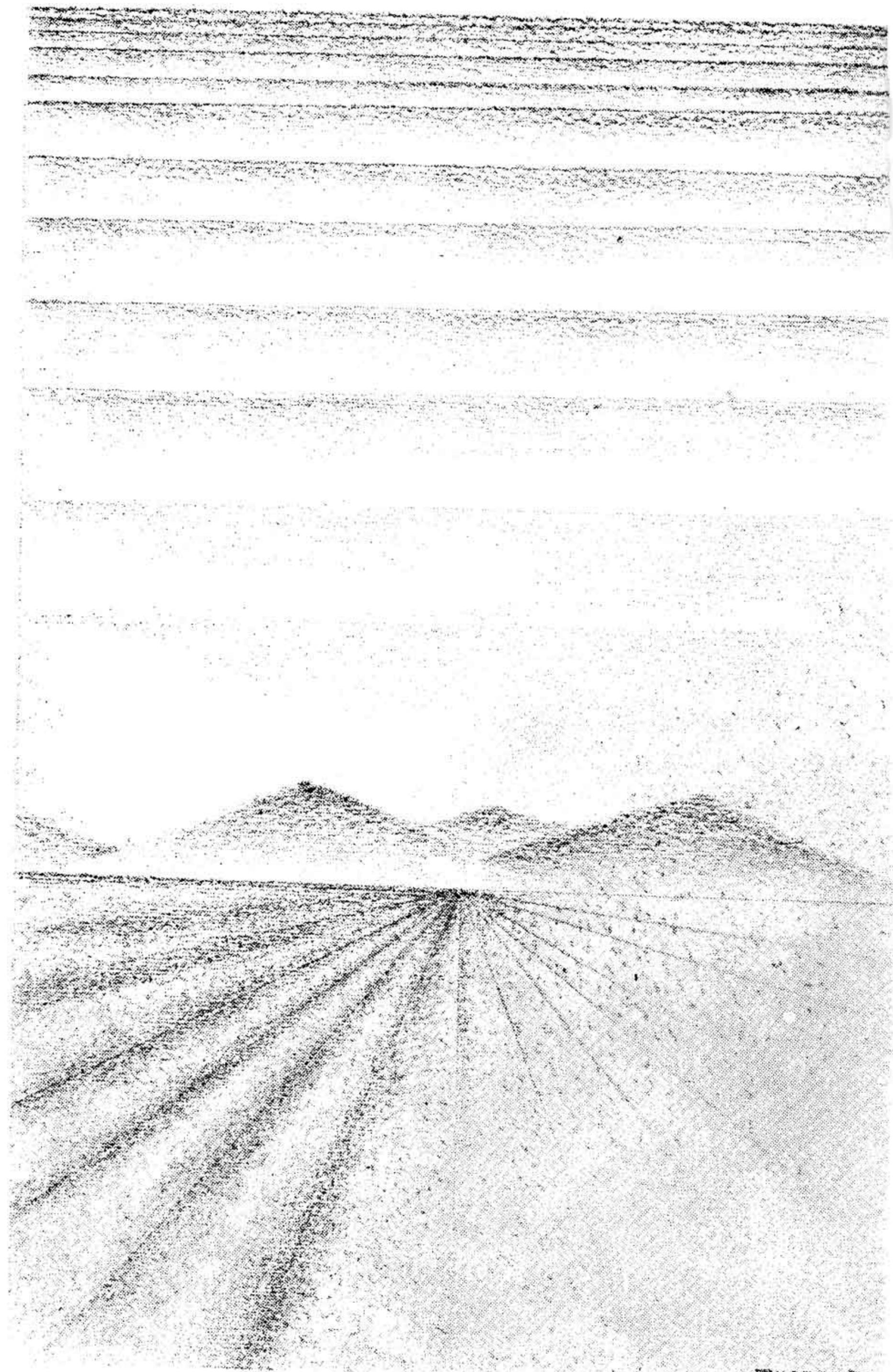
como si nada hubiera pasado

nada

Menciones

a rubén salmón

una habitación a donde te diriges por tu nombre
una imagen que el eco los muros y los espejos te devuelven
un extraño pasillo que se alarga por tu voz grave y definitiva
habitado por el viento que ignora tu volumen
tus dedos dibujan extraños mapas en las paredes antiquísimas
una barca navega indecisa por entre grietas y manchones del techo
un gallo se desvanece y se modifica en el punto de un recuerdo
en la manija de la alcoba
un juego de espejos ilumina tu imagen y la descompone
en miles de luminosos rayos
que se ubican en las sábanas muertas
que yacen inútiles en la cama abandonada
todo
sabe en las grietas de la pared que te ciega y aniquila
como a un pájaro ciprés que estalla y se esparce
en la palma de mi mano temblorosa

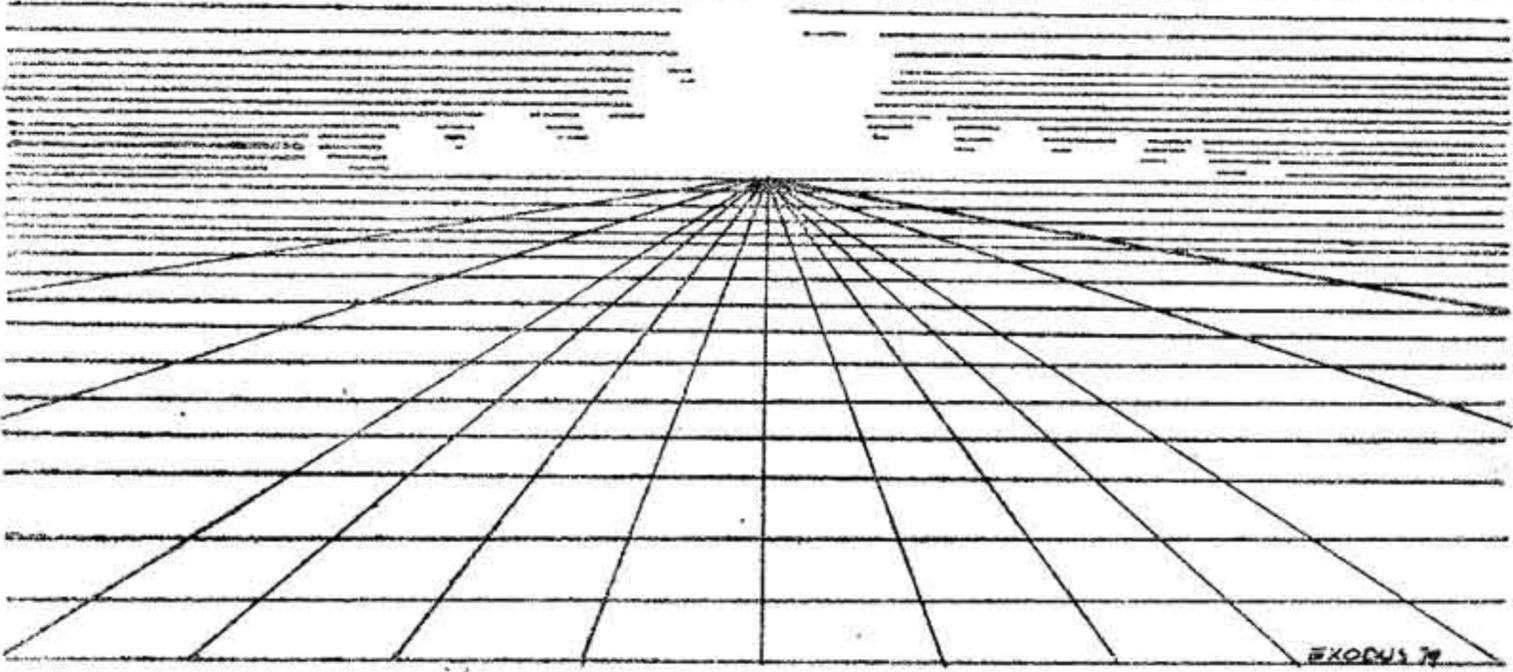


Presencia

tu estancia se inscribe en el inicio de esta frase que te pone alerta
expones tu cara como un grumo infelz que te sonroja
tu mirada de angustia toma raíz y te para en seco sin remedio alguno
tu volumen se diluye en el espejo que se empalma
con la muerte en persecución
de tu palabra entre túneles y la sequía de los labios rotos
tus dedos se desequilibran y no aciertan a tomar
la manija de escape final
tu signo flota como un muerto de prestidigitador en un acto de esperanza
el único peso que te acosa es tu nombre y la mentira que te reclama
más tu presencia restituye un clavo
y un alambre que te dan cuerpo
y navegas en un minuto a la deriva
en un aniquilado grano de arena
arguyendo en la intimidad del espejo una vida en silencio
el ojo se forma según lo que tienes y andes en línea óptica
trazada finamente con estilete y tinta negra
para conducirnos sin prisa
y te encuentro como un número perfecto en su equilibrio de sueño
tu presencia es una placa conmovedora
que devora su propio signo
que se interpreta según la lejanía en que habites
en tablas de arcilla
nadie pone en duda tu bastón ni tu castillo de cobre
incrustado en tu pecho
pon tus cosas sobre la mesa y juguemos a que la vida nos desgarras
pon pues para iniciar la primera letra
de tu nombre

← MENCION

MENCION



EXORDIUM 74

Sótano

Temía los pálidos domingos de diciembre,

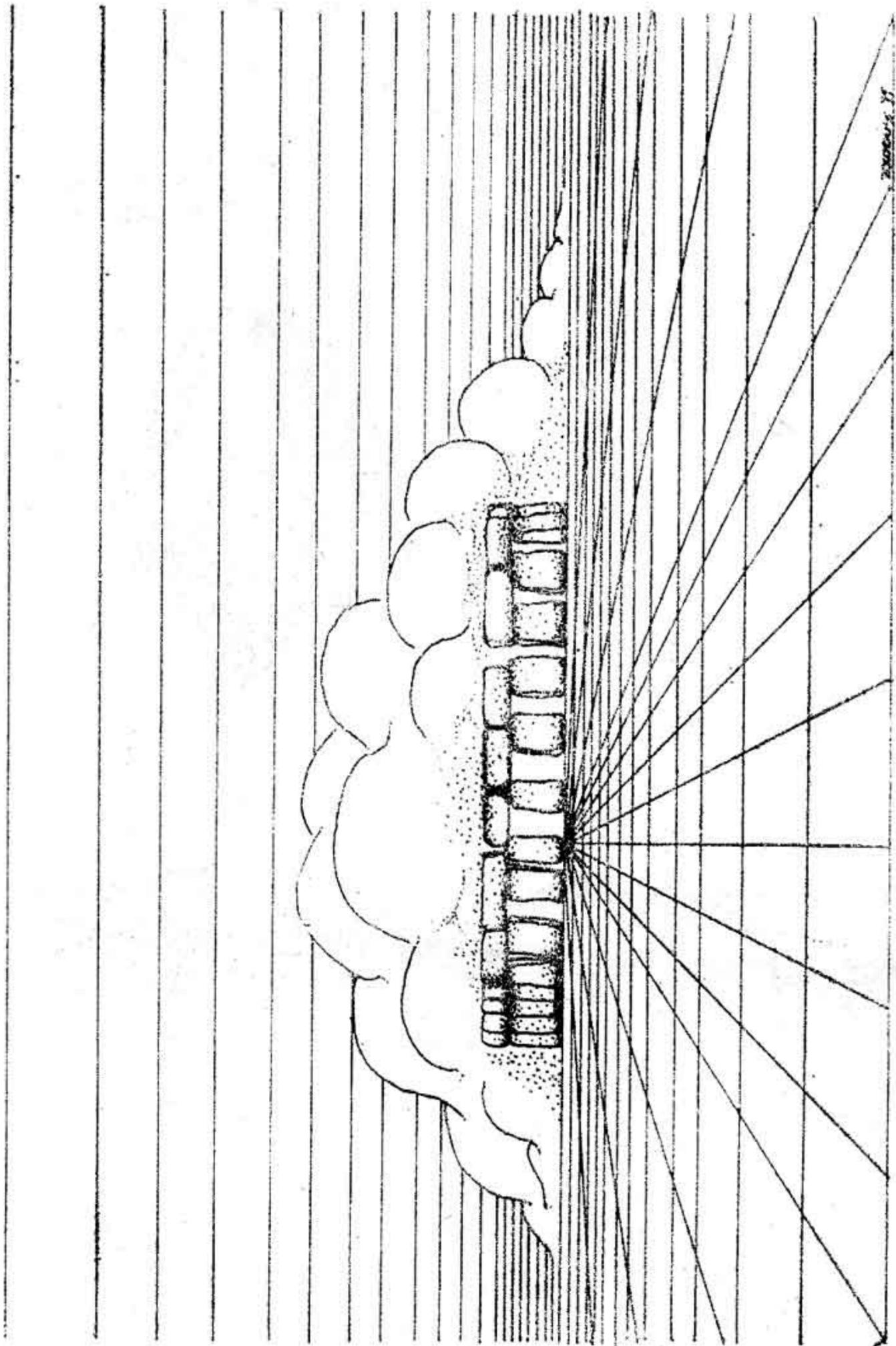
Arthur Rimbaud

quien se hace al lado de la muerte
no dura ni un mendrugo de la tarde
gravitará para siempre en el polvo de su ausencia
nuestros pasos son un sótano viejo y día domingo
así lo encontramos cada uno enfilados en su homenaje
a su historia más secreta
la muerte entona un grano de tiempo
su gallo lo picotea hasta desmoronarlo en madrugada
la muerte otorga a vida a este gallo profuso
¿quién imita un gallo a media madrugada?
el sótano está latente en tu puño
en tu pisada rala
sin que nadie esté para esquivar la muerte
y la selle con tu sí
para siempre

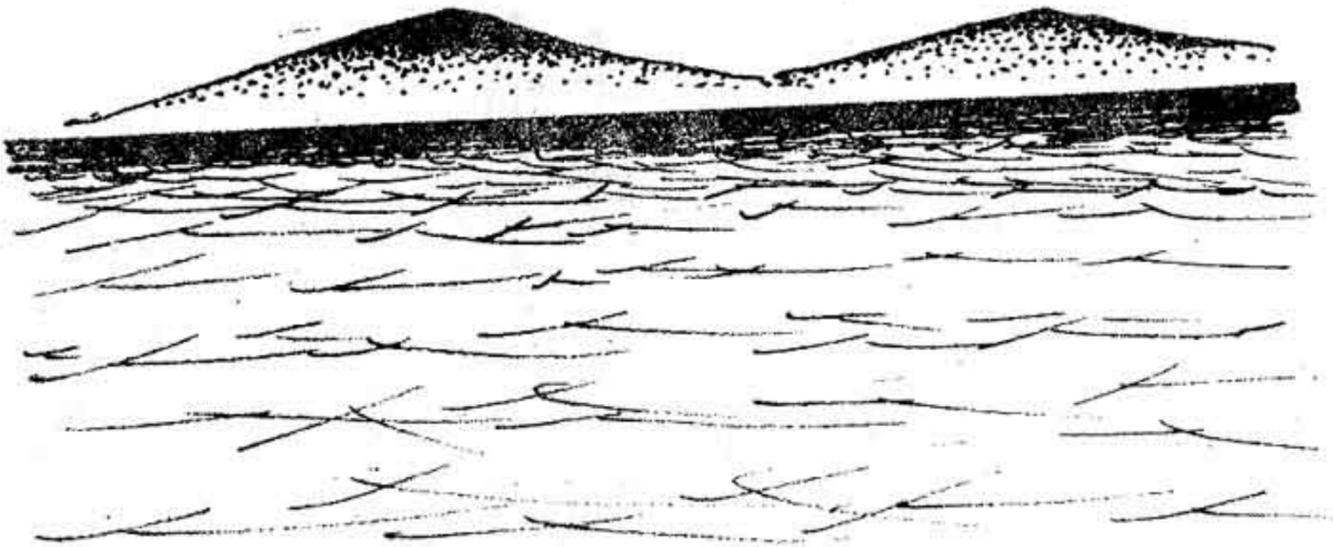
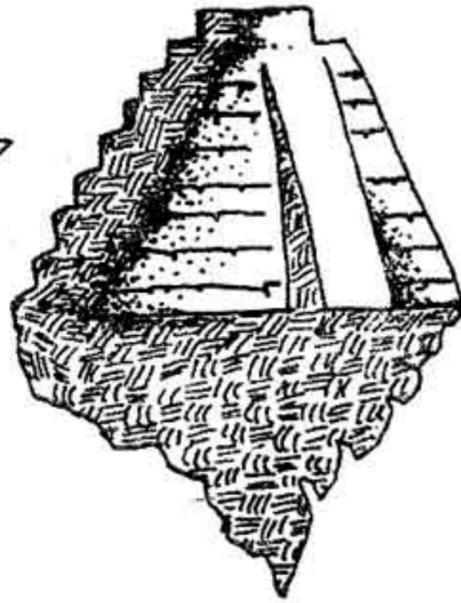
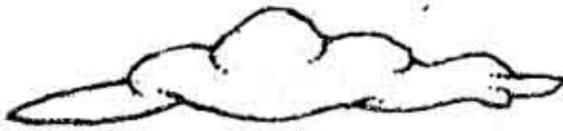
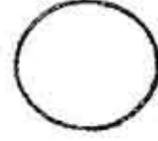
MENCION

The table consists of 18 vertical columns. The rightmost portion of the table is filled with a grid of diagonal lines, creating a series of diamond-shaped cells. The lines are spaced evenly across the width of the page.

MENCION



MENCION



EXERCISE 79

(Segundo Premio)

El estornudo de una etcétera

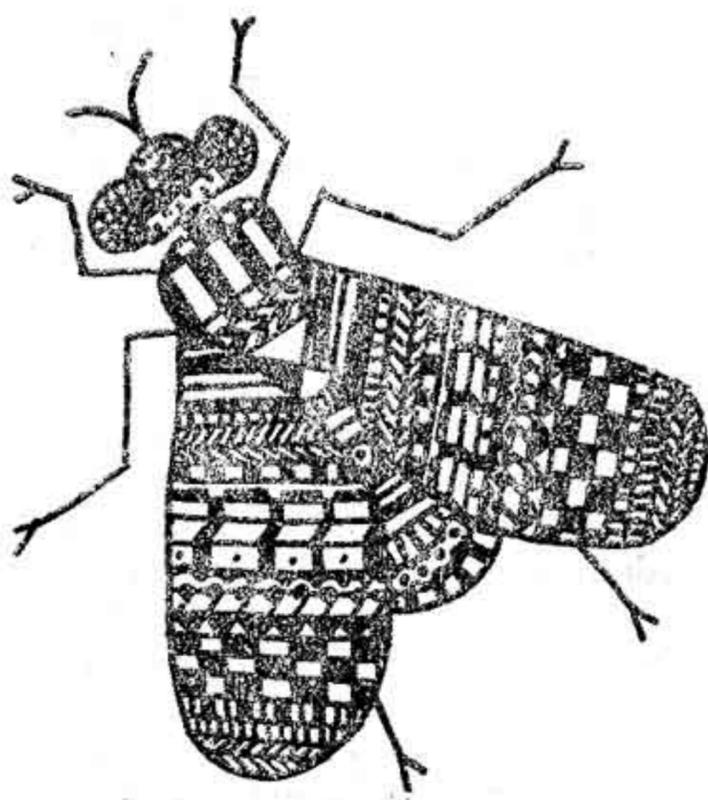
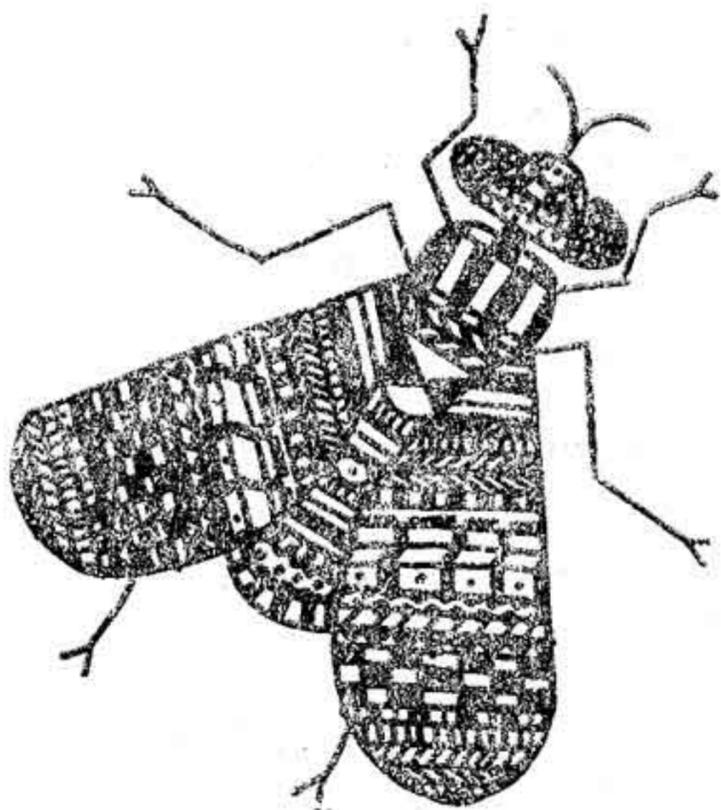
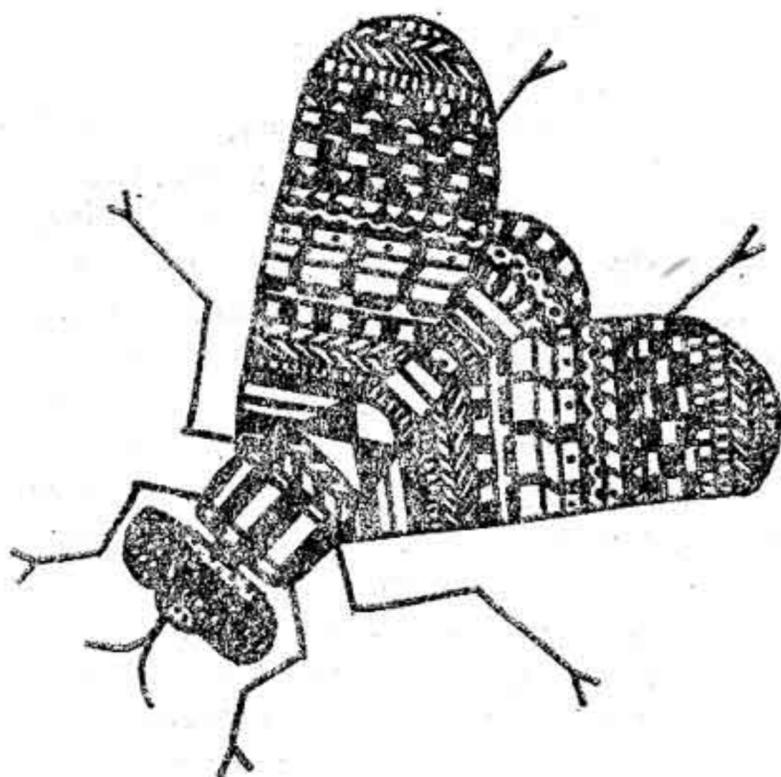
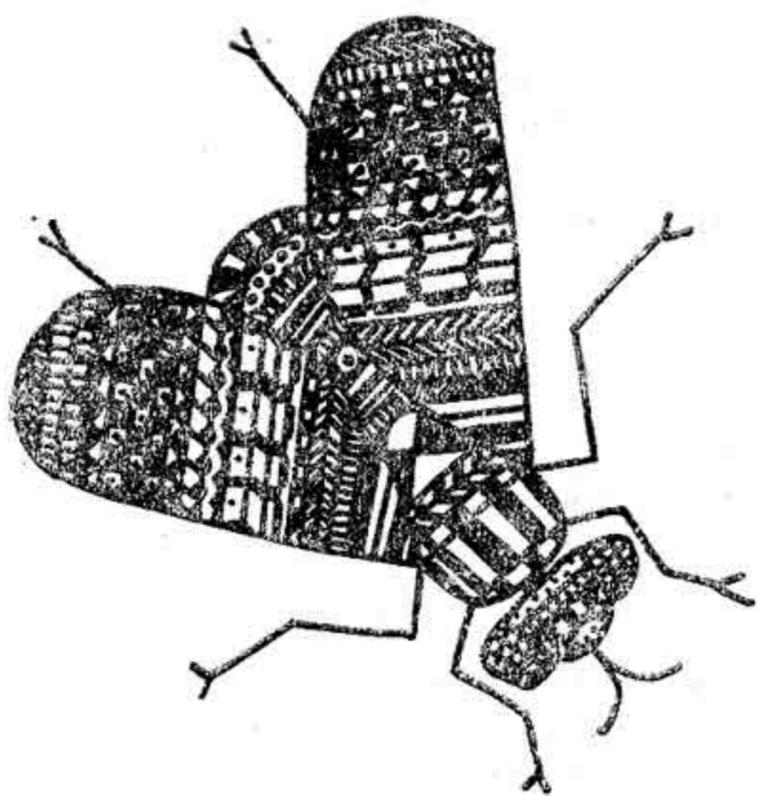
y otras cuestiones poemáticas

Por *Herminio Martínez*

LOS EMISARIOS

Llegan cabalgando sobre dentaduras negras,
levantan pavorosos remolinos de papeles,
nubes de números hambrientos, discusiones y montañas de ira.
No tienen dedos sino garras siniestras
para apoderarse de lo que con sudor y sangre otros han hecho.
El pulpo del dinero les ha manchado de un solo latigazo la cara,
parecen hombres porque se paran en dos pies,
llevan colgado al pecho un título: abogado, notario público,
recaudador, fiscal, secretario privado, ministro, tesorero.
Pezuñas como firmas cruzan las noches tristes de los que no pudieron
cumplir a tiempo
y perdieron para siempre su lugar en la tierra.
Lentes, trajes apolillados, calvos individuos sin color ni medida,
aparecen de pronto esgrimiendo la espada de la boca,
afilando la baba de una risa, oprimiendo el gatillo de unos dientes
manchados de nicotina.
A veces traen telegramas en las alas y teléfonos en los brazos,
presumen de filántropos y de doctores en matemáticas,
se tatúan el cuerpo con las páginas de la Constitución,
odian, insultan, muerden, no saben perdonar, no se arrepienten,
les arrancaron las fibras del sentimiento y la yerba de la compasión
antes de darles cuerda, vienen a todas horas,
llegan de todas partes, irrumpen por las calles
como manchas de buitres agazapados.
Amargan, encarcelan, amenazan.
¿Qué es lo que está pasando a la mitad de esta avenida
a la que los locos llaman época actual?
El Rey Gobierno tiene sus emisarios como en los tiempos de Robin Hood,
nos quitan lo que quieren y hasta lo que no necesitan,
aumentan los impuestos cinco veces al año,
yo no soy rico, tampoco pertenezco a la clase media,
que ya sería un privilegio; soy pobre y sin embargo tengo que pagar
cada vez que recibo un papelito enviado por la oficina
de la tesorería estatal.
Que el catastro, que la multa por ponerle acento a su apellido;
la evaluación, el gasto fue de tanto, más impuestos y multas;
recargos por pensar mal de nosotros;
yo sé de antemano, sin leer esos papelitos, que si en quince días no pago,
procederán legalmente a confiscar mis bienes.
¿Y cuáles bienes si ya no tengo nada?
Trabajo en una escuela, soy profesor, escribo cuentos y poemas,
me gusta distraerme imaginando situaciones equilibradas,
veo el imposible día en que las monedas no valgan más que la basura
y nada sea de nadie, y todo sea de todos;
mientras que luzco en tales idioteces, miles de manos,
en realidad no sé cuanta cínica chatarra,
se entretiene haciéndome las cuentas y me escriben mensajes.
Los veo venir, oigo sus alaridos, me atropellan sus potros retorcidos:
aquí le mandan esto, dicen, fírmelo, el plazo vence hoy, lo manda el Rey.

El coraje es una pistola invisible que me apunta al corazón,
tiemblo ante él y escucho:
impuesto por el perro y por el agua,
por el sol que entra al cuarto por la ventana abierta
y por la luz que baña las paredes.
Impuesto por la pintura negra que sin avisarnos le puso a la tapia del jardín,
impuesto por tener una amante que estudia inglés y va cada domingo a misa,
impuesto por comer huevos estrellados con tortillas de maíz blanco
y multa por no fumar,
tenemos que consumir para seguir produciendo y hacernos ricos.
Impuesto por trabajar de día y por ser amigo de sindicalistas;
deducciones al cheque de tres mil pesos mensuales que recibe,
multa por sonreír delante de la autoridad
y por traer boleados los zapatos;
nuestra oficina tiene archivos, es como la memoria de la patria,
y por lo tanto se le impone otra multa por leer versos
de poetas asesinados y por no llevar paraguas cuando llueve.
Así me voy muriendo cada día, de hambre y de rencor agonizamos
sin que haya un Robin que nos defienda,
me muero, nos morimos suspirando con la neurosis fresca derramándose
ante una ventanilla esperando que salga nuestro nombre.



Situaciones de un día cualquiera

El día empieza a desenvolver su cola de botellas;
abro la ventana que indiscretamente mira sobre el hombro de la casa
hacia la ciudad.
Veo la fábrica de papel, la panadería, las bicicletas;
y una anciana comiendo frutas podridas;
el hambre es una brasa loca en nuestro estómago,
un rebaño de Quijotes encinta riéndose de nosotros.
El fragor de las máquinas escala las paredes, araña los cristales,
mueve las cortinas y entra.
Estoy casi desnudo bebiéndome de codos un rayito de sol,
no soy nada romántico, sino un complicadísimo hombre
con los zapatos grandes y la frente estrellada.
Es una cicatriz que me recuerda cómo pasó mi infancia.
Las calles con sus lenguas de ladrillo
sienten el despertar del peso de la tierra
atropellado por los niños que marchan al colegio.
Un perro olfatea células de aceite negro,
son las manchas que dejó la noche adentro de un bote de basura.
Penso en los dioses que hoy amanecieron con todos los cántaros
de su mal genio rotos.
No me he rasurado, aún tengo en la cara la yerba dura
que crece con la llovizna de los sueños
y hay en mi boca un desagradable sabor de metales oxidados.
Anoche, mientras la televisión me hacía gestos de colores, me maldije;
y maldije al poder que se daba un duchazo en algún hotel de lujo.
Yo tengo algunos libros en donde leo y aprendo lo que está prohibido;
los libros tienen sexo, uno los viste con atención para que luzcan guapos,
les compra pantalones, calcetines, camisas y corbatas;
son hombres y mujeres, se emborrachan, comen, les gusta ver llover
y hasta pueden parir de una leída
un hijo de papel con ojos de águila o relincho de potro.
Desde una ventana, cualquiera puede fotografiar los talones de la luna
olorosos a nardo,
sentir en las meras narices el talco azul de alguien que se recuerda;
cualquiera puede apreciar en toda su bravura los taxis neuróticos,
los trenes reventando, los aviones aburridos de tanto ir y venir
por esa madre bolonda que es la vida.
Uno puede pensar en un grupo de poetas que van saliendo de un cabaret
en París
o simplemente pensar en la gente que camina.
Desde una ventana el mundo es la fábrica de los pordioseros ambulantes,
pero también el trono desde donde la discordia imparte sus clases
de burla, desigualdad y petulancia.
El día se amarra las agujetas,
abre el paraguas rojo para decirme que he perdido el tiempo imaginando,
suda, le huelen los establos, se va, sube de prisa,
me llaman por teléfono.

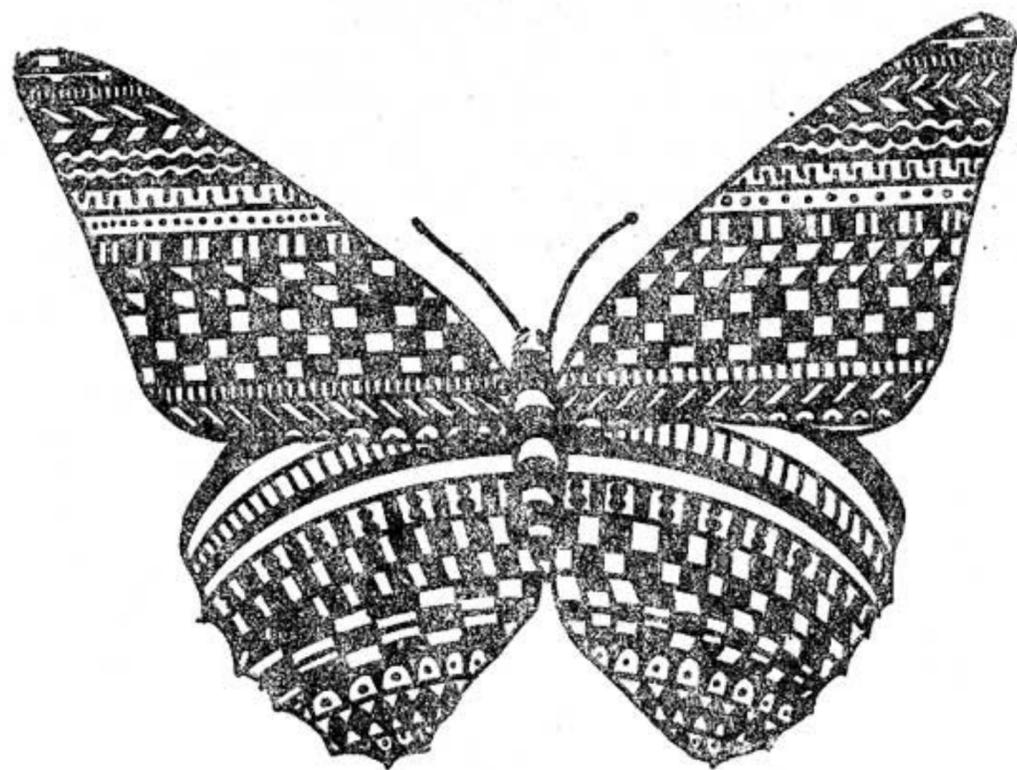
Un poema a máquina contra los que tienen su trono en el muladar de una gloria efímera

Escribo este poema a máquina porque mis manos han agotado ya toda su creación de ademanes herméticos.

Lo golpeo como golpearía con la bola del mundo
a los que se han sentado en el muladar de una gloria efímera;
a los que en su cabeza crean ciudades de hombres infelices;
a los que emparentaron con la muerte en un oscuro día
al que declararon de fiesta nacional,
y era una cordillera desatada en caudales de luto.
Habría que perdonar a los que tienen afilados colmillos de perro
si no han sentido nunca la dicha tremenda de mirar un colibrí
engrandeciendo el aire de las flores,
pero no por clavar la hediondez de un hocico
en cuerpos desgarrados,
no por abrir las puertas del dolor indecible,
no por sembrar con charcos de voracidad la tierra
de los secretos corazones donde el hombre es un animal que engorda
con el dolor del pobre.

Escribo este poema a máquina y me duelen las venas como ríos reventados;
si pudiera no lo escribiría; iría por los caminos y los pueblos
diciéndoselo a cada hombre, a cada piedra, a cada perro, a cada planta,
pero no puedo evitarlo, me escurre por la piel, lo huelo,
me lastima con sus hebras, baja de mis cabellos, se me enreda
en los pies, me sangra en cada grito,
es como agua asesina, jamás podré eludir sus pasos
por mi estómago;
me llama este poema, me secuestra las puntas de los dedos,
unta su hígado de metal en donde más me duele;
sé que aunque yo lo escriba seguirá habiendo huérfanos con hambre
y la bola del mundo será la misma panza de mareos y temblores;
estará, como siempre, en cada invierno
atada al inmenso árbol navideño de la constelación
contemplando la luna a través de un telescopio;
aunque lo escribiera mil veces mil de cualquier manera
la peluda mano de la traición seguiría firmando órdenes de muerte,
de todos modos la dentadura del sarcasmo seguiría mordiendo.
La verdad, no sé ni por qué hoy escribo este poema.

SEGUNDO LUGAR



Los bárbaros

No llegaron de Europa ni de Asia ni siquiera de Rusia,
simplemente llegaron;
salieron de las tripas de una casa a invadir edificios y oficinas,
a fornicar ciudades,
a someter con saña como bestias débiles y enfermos,
a pobres y medianos.
Algunos se vistieron bien para que los creyeran importantes.
con su clavel clavado en la solapa,
su paraguas típico y un portafolio negro.
Fundaron borracheras y palacios; secretarías con piennas rasuradas,
ministros, ministerios, embajadas, seguridad nada más para ellos
y muchos caos por todas partes.
Se peinaron las crines de rayita con resistol y goma perfumada;
se pusieron diamantes en los dientes para reír en muchas direcciones;
se jalaron la piel para que se les cayeran como piojos los años;
abrieron bancos propios, sucursales de los dedos del Rey Midas;
a donde quiera se hacían acompañar por ríos de cheques y monedas;
a su paso acontecían las peores cosas: tormentas de intereses,
luchas de corazones ofendidos y siniestros guardianes carcajéandose.
Ellos vinieron, no sabemos cuando,
incendiaron los pueblos;
con sus métodos se sentaron a oír cómo dormía el orden de las cosas
y ordenaron matarlas para que no quedara huella de nosotros.
Sin embargo aquí estamos entre ellos acechando la cola del instante,
entre ustedes tiranos, recordándoles
que hay una fuerza nueva en cada brazo, que vamos a moverla,
que somos muchos, que muy pronto saldrá al mundo el sol deseado.
Aquí lo esperaremos para hartarnos de él,
lo meteremos a pedazos a nuestra boca
para que con su toque maravilloso se suelten los resortes del entusiasmo
y saltemos por fin a rescatar lo nuestro.
Cuando esto suceda, que tiemblen las alfombras,
que se caigan los cielos en desgarrones como hilachas podridas,
que se rompan los huevos de la guerra,
que salgan caudalosos manantiales de rostros y de risas,
de brazos y de brasas, de ojos y de hojas donde estarán escritos
nuestros nombres;
que se engusane la lengua que nos odia,
que sangre la frente del orgullo que nos humilla,
que se vuelva basura y desperdicio el olor de los sátrapas,
que arda su ley a media calle o que la orine un perro,
que el más modesto trabajador de la escuela, del laboratorio
de la empresa, del campo, de la capital o de la provincia,
tome el silencio, lo maldiga y grite: hemos vencido.

La venida del niño hombre

Después de que saltes los nueve pisos de la casa
en donde la vida hornea pasos
y teje el sistema nervioso adentro de una sombra,
llegarás a este mundo, huevo de iglesias y drenajes.
Después de que te pongan la brújula del corazón en su sitio
y el cuerpo abra los ojos como el cuaderno que por primera vez
abre sus páginas,
conocerás la pista donde el dinero que es un rayo con ruedas
presume hombres que se ha clavado en los anillos y en los dientes.
Después de tanto dios que te impuso sus manos antes de partir,
después de tanto ángel que te prestó sus plumas,
después de tanta medicina, inyecciones y vómitos,
serás el niño hombre con el metal de un grito en la garganta.
Vas a nacer en julio, cuando ese mes con barbas
ande borracho por las calles tocando su cuerno de cazador.
Vas a oír la historia de una mujer descalza y desnuda
que espanta por las noches y platica arrancándose las venas
cómo en los tribunales, en la prisión o en una comandancia,
los jueces, los guaruras, los abogados y los policías,
a mordidas a sacaron la piel a un jornalero.
Vas a saber tantas cosas de nosotros; por ejemplo,
que tu madre todos los días se peina
y que barre la tristeza de las cosas
con los bosques que lleva en sus pestañas;
que yo cada mañana podo un poco de muerte
con el rastrillo de afeitar
imaginando que tal vez pronto inventaré una máquina
para retratar los sueños.

Un día conocerás el ropero en donde mis corbatas
oyen el acordeón de la pobreza
—un señor que ama a la virgen María nos lo regaló.
Esta música tiene llena de agujeros la casa
y empieza a roer los libros y la taza del baño.

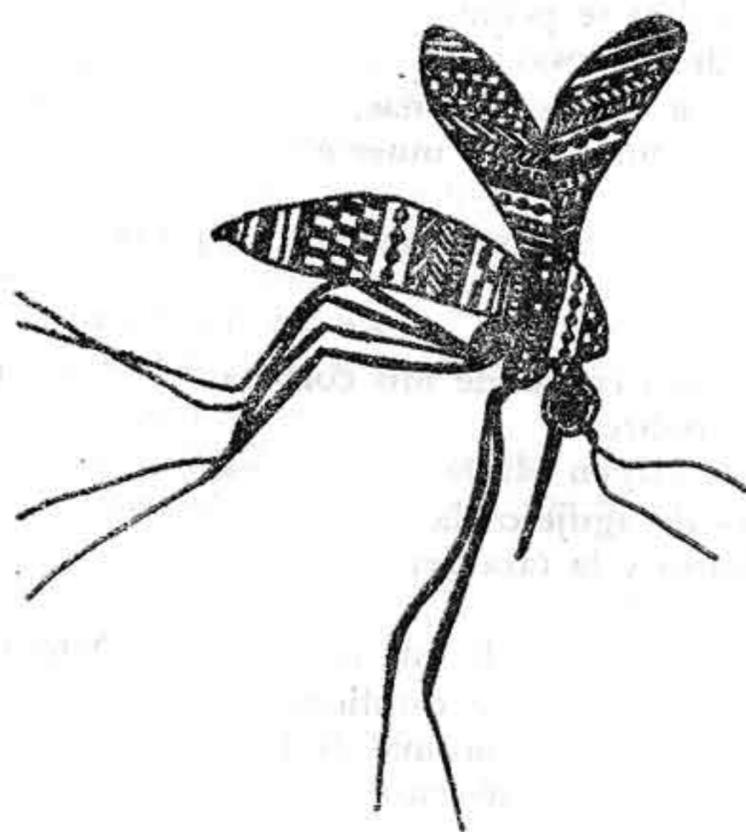
Con todo, estamos muy contentos de que te hayas decidido a venir,
no importa el mundo ni la religión católica;
el hombre que nos echó encima el animal de la fe cristiana
se llama Apolinar, tiene nombre de gato,
pero tampoco importa,
hace tiempo con un hacha rompimos nuestras relaciones
con Dios. El se puso nervioso,
ordenó que los trenes desde donde se pica
la cebolla de la lluvia
no volvieran a pasar por nuestros corazones;

el mío no los extraña.
El tuyo tampoco los echará de menos.
En el ropero las polillas pedalean una máquina
que también hace lluvia.
Estamos esperándote. Ella, tu madre,
hilo por hilo pule su cabeza
y yo quemándoles los pies a los cigarros,
veo caminar la gente cabizbaja
porque el niño de los precios no deja de crecer;

cada hora, cada mañana, cada mes, cada año,
aumenta su estatura.

Oigo, también, cómo las palabras afinan instrumentos,
arrastran aparatos de sonido, prueban micrófonos,
para desearte suerte al recibirte.

SEGUNDO LUGAR



El estornudo de una etcétera

En la calle de los ricos estornudó una etcétera
y se movilizaron las fuerzas públicas, las ambulancias,
los bomberos, los equipos de rescate y toda la policía
para prevenir inundaciones o alguna otra clase de tragedias.
Orden, descalza y con el pecho desnudo,
veía pasar los batallones.
Poder, sonreía siniestro desde su ventana.
Perdón, vestido de chambelán se inclinó ante ellos.
y con un trapo de babas limpió los labios del papel
donde disipó su catarro la infeliz palabra.
Dos individuos calvos platicaban
cuando el estornudo paralizó a media ciudad;
dos hombres gordos con pelucas de pesos
sentados frente al rápido ajedrez de la conversación.
No sintieron a qué horas en el agua crecida de su lengua
la etcétera se llevó la mano a la nariz
y antes de que alguien le dijera Jesús te ayude,
llegó el ejército con carros de combate
y el jefe Capital, en su carruaje tirado por millones de hombres,
pasó ante los señores enseñando los músculos.

Aunque la noche, pobre madre, llovía, llovía, llovía
y llovía de corazón, de hígado, de rodillas, de espaldas,
de uñas, de asiento, de nuca y de costado,
no se inundó la calle de los ricos;
los gendarmes pudieron ejercer su vigilancia
sin ningún contratiempo;
los funcionarios dormían sin novedad.

Pero en cambio, en la calle de los pobres,
donde todos sabemos que el infierno es de lodo,
Rabia hizo un coraje masticando el último recibo
del pago del impuesto;
después tiró el coraje en un agujero de ratas y dijo:
es como si Dios hubiera echado encima de nosotros
todos los marranos que engorda en su altísimos cielos.
Es como si ejerciera sobre nosotros la profesión del odio.
Frío amenazó con ir a la esquina a hablarle por teléfono a la muerte.
Rabia no le hizo caso, siguió sintiendo la humedad en los huesos.
Se desmayó la oscuridad y bajo su hondo peso
la tierra parió sapos.

(3er. Lugar)

El Lugar en el que Escribo

(Primera contradicción)

Por *Eugenio Metaca*

Mira hacia el poniente
que luego de las tardes lluviosas
se corona de blancos
en espacios azules
y de grises

A un lado, en la pared, el gobelino
Seis muchachas se bañan en la orilla
junto al remanso de apacibles aguas
y en la barca de las aguas
y en los cielos
flores
mariposas centrales que presiden
coronando a la blancura de la dama
recostada en terciopelo rojo

De una más
el vuelo de la seda
se tiende hacia el perfil
del cielo y los arbustos
Hay la que dirige el timón
dulce navegante de figura central
la mano se sugiere suave y firme

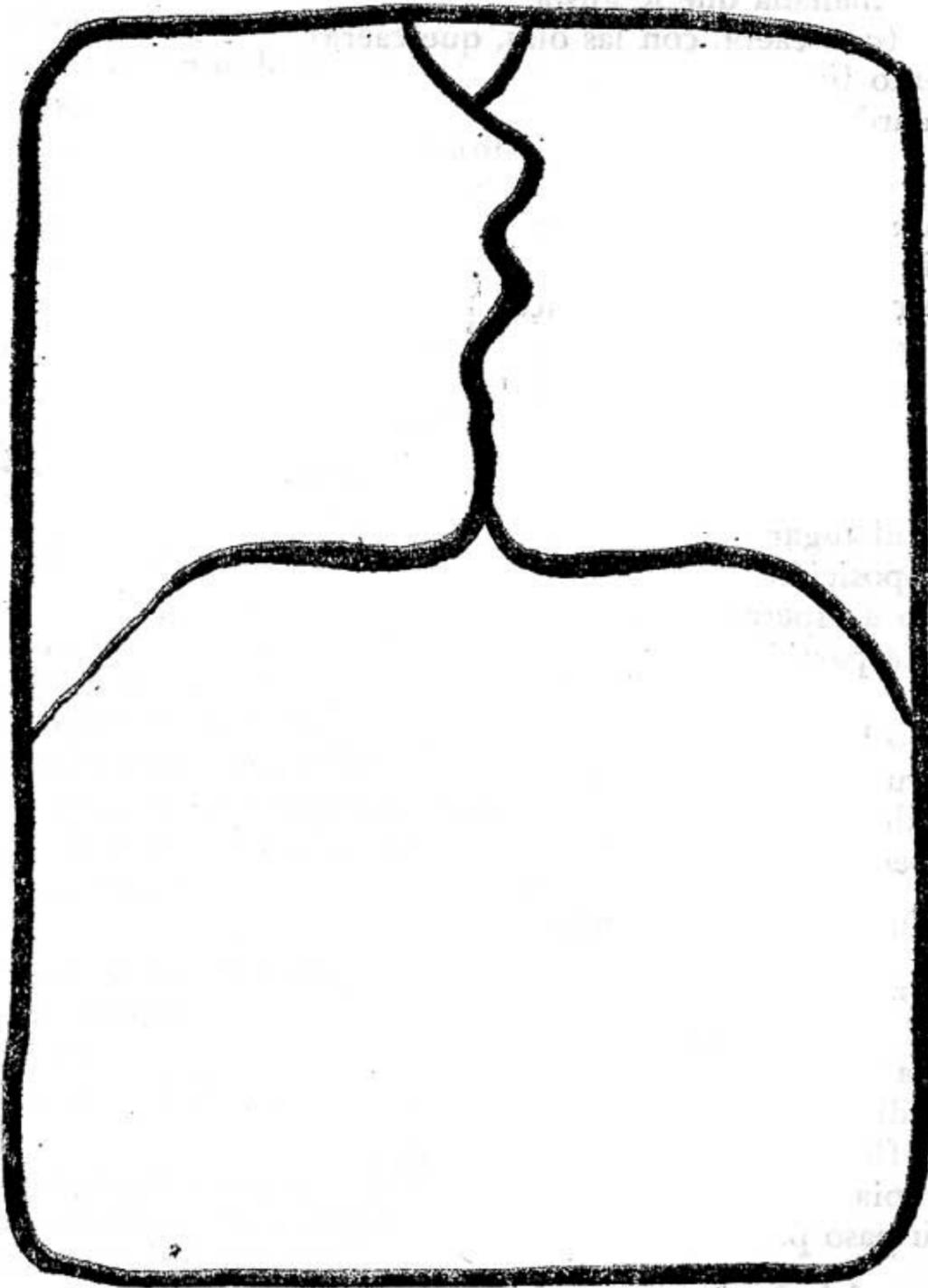
Atardece
el fondo del paisaje es un jardín
desde mi atalaya lo contemplo
frente a mí, la fronda y la maleza;
humo de incienso en una goma blanca
arriba a luz del sol
debajo, junto a tierra, el pasto
silla roja sobre yerba verde
tapete de luces
sombra de durazno.

En la mesa
"El misterio de las catedrales
que retorna a las estrellas
de la mente cambiante"
(todas ediciones de bolsillo)
Fulcanelli Von Daniken y Roddam;
plumas, hojas, papeles, apilados en desorden,
libros
señalados con distintas marcas
viajes prometidos
pequeñas protuberancias para adherirse a la alfombra
Y en los lienzos
los matices de los cuadros son danzantes
torrentes de vespertina luz
palabras dichas.

El sol se pone
por debajo de la espuma el bosque
luz en diagonal de rojo en la madera
"Biéres de la Meuse"
surge la primera nota de los duendes

El retrato del abuelo montañés
mi madre en el jardín
la higuera
y mi pequeño refugio entre las ramas
cuando empieza la jornada
y penetro en el espacio del silencio.

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

Por el camino del zen

Trazo en la mañana espesa
aros suaves
espacios inasibles...

Amanece desdoblado en el telar
fresca la amapola en los perales
etérico frutal
núcleo de clave
línea en movimiento
y el sujeto avanza
camino a la región de los ardides

Desembarca de nubes
y acecha en los jardines
jugando al intercambio
de frágiles aleros
describe imprevisibles trayectorias
y siembra en la mañana que le gusta
bajo el muelle (que caerá, con las olas, que caerá)
y en el momento límite del día
alerta a los guardianes

Estoy aquí
breves comarcas de pincel evanecido
y en el silencio largo
la campiña se curva de artemisas luces
(y lo demás: enramados framvuelos
pájaros, disfraces)
mezclas difusas del espacio
donde la creación se manifiesta

Había llegado al lugar
y encontré la posición
estaba decidido a esperar
hasta mi propia partida
cayó una hoja
cantó un pájaro lejano
luego el transcurso se detuvo
los elementos de relación
quedaron suspendidos

Desde el volcán, la niebla descendía

Supone la permanencia dos palabras
que surgen del centro del silencio
cuando la brisa cesa:
nombrar y medir
y nos vemos reflejados en el agua del espejo
de nuestra propia sombra
que recorre su paso por la tierra

¿Cuánto tiempo falta?
las cigarras cantan;
el invierno y la tangente llegarán
mas ellas cantan

Cada paso es como un viaje sin retorno
del caos hacia la idea

de Adán al arcoiris
de la nueva alianza
al forzados a vivir en tierra
hijos de los vientos tropicales
sólo un camino conduce al laberinto
sólo uno sale

Umbral amatorio del fillum
vergencia de los gránulos
planeta innumerado

estancia de nadies y menguantes
y afinidad así:
mental, universal, fundamental

Si las alas, radicales, se dividen
crece y se combina la unidad
surge el impulso
el aparente problema se resuelve

Te relajas.
Lo mejor del universo te penetra;
liberada la tensión, aligeras la carga
y la mañana brilla;
asumes la posición del Hombre de Leonardo:
el pelo alborotado y las barbas,
los miembros superiores extendidos
hasta el límite del círculo.

Suspende tu brega
elige y representa;
arma las frases suelas de tu vida,
cubre de silencio tu visión del cielo;
llegarás al delta
tu paso agotará el sendero

Forma en madrugada
tu barca en la corriente
comparte con la lluvia su presencia
reconoce tu remanso entre la niebla;
suspendido en el alba, entre los suaves tonos
el brillo del anzuelo sucede en el confín
e irrumpe por la sombra;

algo intenso se refleja por la rada
si es que acaso el tiempo
si también la aurora
si luces asilantes cometidas;

tu vida es un dibujo abstracto de LA VIDA
mides y alternas, invades, contaminas;
movilizado en el vuelo del espacio
las fuerzas en tensión hacia ninguna parte

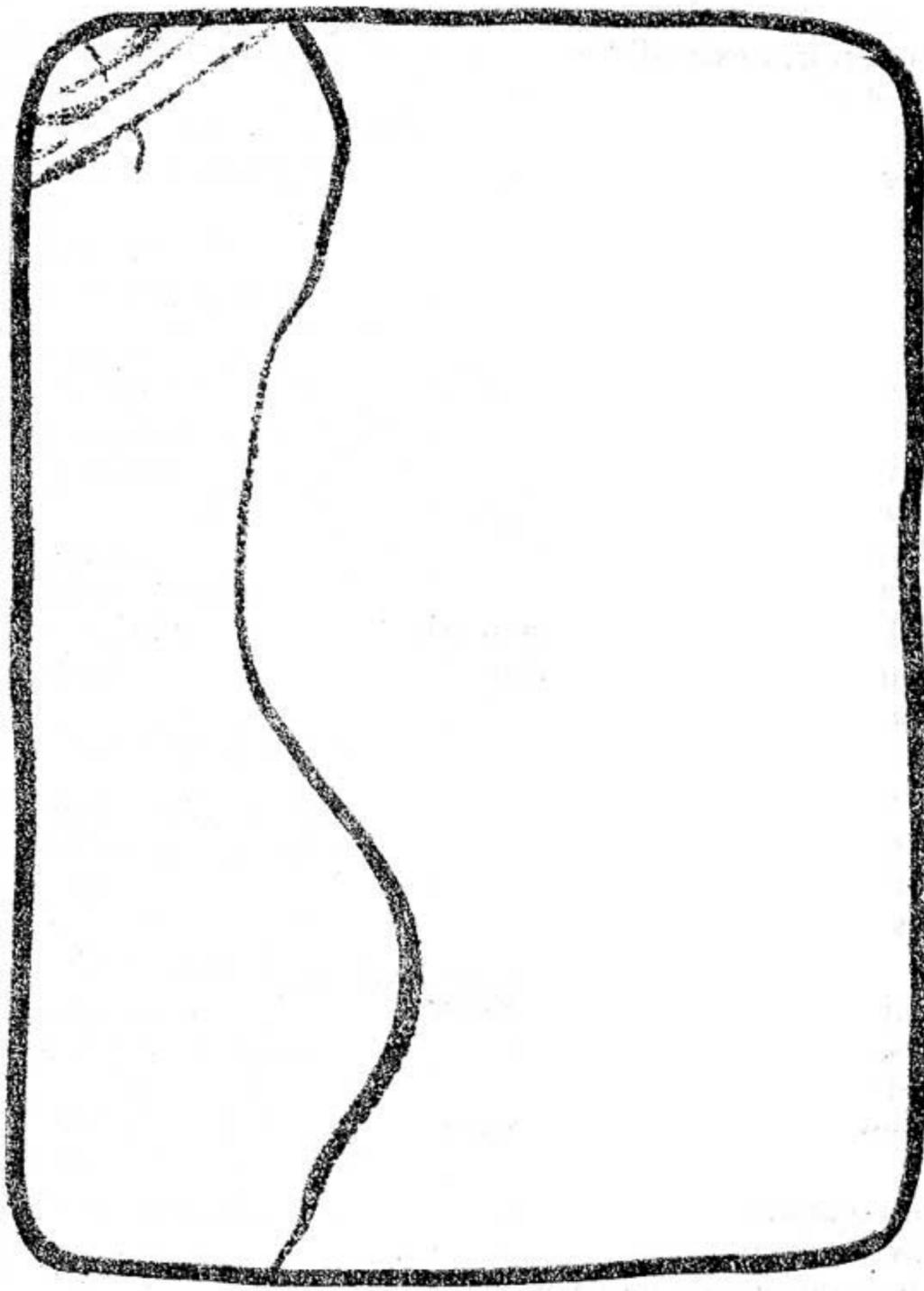
Termina el tiempo aquél
poblado de arabescos vegetales
de respuestas, de jazmines, de motivos;
el momento que te cuento se adelanta a todo:
ya suceden los confines del estuario

ya se irisan los tatuajes del marino
y el sol en ti, amurallada marquesina
recoge con sus redes los azules

Vivo ahora en un millón de vientos,
superficies de reflejos
que en instantes hacia el verbo me derraman;
y creo en la vida
ondulando como arroyo hacia el caudal,
surcando el sinsentido;
y creo en el agua,
Surcando el sinsentido;
y creo en el agua,
cuando encuentra su equilibrio en el nivel
a la mitad de los mundos
donde los rangos se juntan;
cuando la cortina del silencio, atardecido,
arriba.

Espíritu melancólico del genio,
da noticias de aquellos eslabones que conozcas
debes convertirte en ciencia nueva.

TERCER LUGAR



Rocamadour 779

Alanao

(Cábala en el cabo de Sagrés)

La espuma se vuelca por la roca,
el sol estela
en el oleaje de las nubes,
y las lonas gualdrapéan,
acechadas por el viento.

o

Empiezan los idus.
Los lienzos flotantes promueven la deriva;
el cambio de estación se impone.

o

Los embates de las olas, el suspenso;
es necesario corregir el rumbo,
remarcar el astrolabio,
ventear las consideraciones sucesivas,
emprender la calma.

o

La distancia empieza en el jardín del delta;
llevo tabaco y aguardiente,
impulso suficiente en el estero.

A la salida del sol
el rojo me inunda de siluetas
y las fracciones pierden el límite constante

Dentro y fuera de mí
partiré de mil formas
hacia una luz de diferente trama.

o

Si fabiola ondula
mamboleando acordeceres
el telambre vergantino
aborbolla marejado y cabriolea.
Penetro en el espacio de las aguas;
¡ah! el mar es instante,
y en sus olas
la sirena bate al arlequín
de mosto y verso,
y ambula deslumbrante por la sima
que profundo colinda,
crisantema fumálida que abraza
helicordando los fálicos poemas;

y sin embargo, saturante,
la vendetta del círculo reclama
euforia de bengala y zigzaguo
marejada de flamenco y ritmo.
¡Barullo de algarada que sisea
el salero de Verona
cunde sorpresivo
en nuestro desvarío!;
las verdes formas generan gestaciones
el impulso de la noche en mi ropaje basta.

Y en la selva de tu trino, el gobelino
donde habito y donde recupero
los tiempos que más quiero.

o

Cópula infalible de colores
entabla una lúdica batalla
de la tarde al río...
efímero reflejo en el abrazo
y el paisaje muere

¡LUZ!

(fronteras de nardos acometen)
luz, o vorágine cualquiera
¡Anfora infinita
qué es lo que concluye aquí,
en este laberinto?
¡Requiebra en transparente por mi cuerpo
alborada espuma así esparcida
y entrelázame en tu ola
como al vuelo!
Austero, silencioso,
cerrado en mí mismo,
voy en busca del mar
y siempre llego hasta la misma playa:
verdes praderas bajo el sol,
alucinantes reclamos en la sombra.

o

Estoy solitario en el espacio
con los miembros generando el movimiento,
mientras las olas vecinas
mueven el horizonte,
lo comban, lo espuman, lo convexan.

¡Sentir de nuevo al mar, bajo la madera de mi barco!,
¡mirar como portan las velas con el beso del viento!,
¡sumergirse temprano en el agua transparente
y emerger hacia el sol, con los ojos abiertos!
¡Ser como burbuja en la parvada de palomas!,
sencillo morador del espacio,
navegante del tiempo.

En casa, cortaré la hierba, puliré los hierros,
tendré la leña apilada junto al fuego;
más tarde, romperé la estancia,
miraré a la noche cuando el puerto calle
y partiré con el sol,
compás de horas arcaicas
en la playa arenosa de otro vientre.

o

Compruebo la jarcia, ordeno la cubierta,
tengo las bodegas llenas y los cabos adujados,
¡que me lancen la estacha!

o

¡Al fin parto!
Amarras sueltas,
me embarco en el júbilo del mar,
la quilla rompe la tranquilidad del puerto.

Con el mecenazgo del mejor navío,
las marcaciones de Hannón, el de Cartago,
las tablas de maese Jácome,
y cartas
y marinos
y estrellas
y astrolabios;
con oráculo al vaivén
de mapas
y señales
y cadencias,
engoletto por el delta
y en la gavia de mesana los alisios,

y el mar, en fin,
surgiendo de mi centro
y explotando
en rumbosa corriente paralela,
TODO

yo
niñito arborecente,
hacia el Polo de Catay
y al azafrán de Quimela,
y especies en las otras tierras
con distintos mares
y los mismos dioses
vuelos también amarra suelta
de muelle a voladero.
y por los mares
ave loca
brama en vuelo

¡oooodiiiiiiiiinnn!...

¡Y la tierra es, quizás,
redonda como esfera o punto
o glog
y tiene tantos mares
y flota en el espacio!
¡y la vela de mi nave que fabula!
¡y la espuma en el tarrón, a media bruma.
¡y la quilla que se leva por la rada!
en la salida al puerto.

Al horizonte el garzal
salpiquea de malacate a la campana;
la isla de Madeira,
ardiendo a la distancia,
señala el camino.

Errando hacia corrientes tropicales,
iniciamos la marcha
y el alborozo ilimitado del mar
nos acompaña;
¡gran Helios, bendice nuestro viaje;
déjame tomar de tu copa, radiante amigo,
y dirige los vientos en forma favorable!

Pero ni aquí,
en el estuario de tal inmensidad,
la entiendo;
apenas inflama de brisa los telares;
y es otra y se perturba
y vuelve,
jugando con mi timón
y con mi azoro,
y el alabastro ondula,
desvandado por este laberinto.

Hoja
rocío
gota
polvosolar
astrouniverso que ama
manantial de luz
que todo lo concibe
entre nosotros
pequeñuelos,
¡brindemos con luz en el encuentro!,
salpicado de Moluca,
o de Bretania y Sajonia,
(¡y el Cantábrico en azores por los Galos!),
y los Anglos Thulecinos,
y los Vikingos Thores,
de todas las travesías

Santander, Asturias, la montaña;
el enorme mar a media tierra
de la que todo brota,
y el navegante fenicio
de la troyanatenas,

tiroestambulalejandriacartago
o Ana Karina
(Barcelona)
cuando niña.

La penumbra evanece en el manglar,
diluyendo a la barcarola que se perfila,
y mientras ella inflama de nuevo mis telares,
la saudata de cubierta se extiende,
salpicada de olas y de abriles;

y en el balcón
del alero que converge a la bocana,
la piragua de tu cuerpo oscila
(¿o parpadea?);
mariposa sorprendida
con el casco sumido en la borrasca
no se apaga tu rescoldo en otro fuego.

He doblado el Cabo,
horizonte de cristal,
el trueno se aglutina entre las nubes;
lo implecable desata sus amarras,
se desborda el mar,
sueltan las nubes su lastre de tormenta
y brega en los obenques de mesana;
mil millones de zumbidos
pululan el silencio
imprescindible,
(¿o soy yo?),
y la cresta salpicando
y tan variable.

Una ráfaga desgarrar en el costado
y sacude a la barca,
y en el suave silbido que se aleja,
el aire se fragmenta hacia la aurora.

Asido a cada leño que pudiera salvarme, te recuerdo.

Sólo soy
hoja de viento,
gota serena,
hora de rocío.

o

Hay albatros desbandados,
invade al crepúsculo la noche;
en el firmamento Orión, Sirio, las Pléyades,
y el espacio marino se dilata,
tras la negación de nuestro anhelo.

Amo a la penumbra,
al espacio intermedio de los tonos
que diluye el perfil y evanece la tensión del cuerpo;
en ella olvido, por momentos, quien soy,
o de qué se trata,

y así, sólo navego
en la inmensa comarca de mis sueños.

Esparcido entre la niebla,
levanto la antorcha
y unifico el vuelo. . . .
Brilla la luz en el madero;
un arco continuo oscila sobre el fuego
y surca la bóveda estrellada

Marino de varias dimensiones,
conozco lo múltiple del mundo
que surge desdoblado
y fluye;

camino en el filo
tras el sueño de la tierra prometida
y la lógica del viento rompe el ritmo.
Voy en goba de Arcadia,
quiero llegar adonde nacen las especies,
a la Moluca de canela y de jengibre,
y al viejo sueño del puerto paraíso,
tierra del Sol,
casa de cristal entre los muelles de humo.

¡Inunda la estación de tu recuerdo de duraznos transparentes!
y agua clara para el mediodía
que vendrá, te lo aseguro,
al encuentro de todos
y nosotros
en nueva dimensión volveremos a encontrarnos
como antes de la historia y del hastío
la tierra prometida es nuestra
aunque no sepamos los nombres de sus flores
ni gustemos el dulzor de sus frutales,
prolongación de mi sangre
la obra hacia mañana continúa.

Sin pausas ni compases
la euforia del universo avanza
por márgenes sin límite
se empinan las distantes enramadas
en busca del reflejo
pájaros color de carmesí
colibríes y papagayos
dejan de rastro
la estela de su canto;
último trazo de intensa agitación
y luego nada;
desaparecen los caimanes blancos
y parte la barca de tu risa
en el estero frágil.
(Los puentes son sólo circunstancias
en el camino de los ríos.)

¡Cósmico desatino hacia la muerte
se conjugan siderales los adioses!

Habitante definitivo del éter
como hongo telúrico o juicio universal,
Lluvia de silencios o silencio sobre flores
me deslizo en un inmenso tobogán
surcando en el umbral de las alturas
uno es mi vuelo
y dejo la tierra sin fricciones.

Los senidos se desbandan
en la líbido infinita
del que parte;
la tensión de la energía en la piel
instantáneo transcurso
vaga sucesión de firmamento.
Superada la impresión,
las órbitas no bastan
y cobro percepción ondulatoria
elípsis paradoja
del hombre que aguardamos
en el planeta que llamamos tierra.

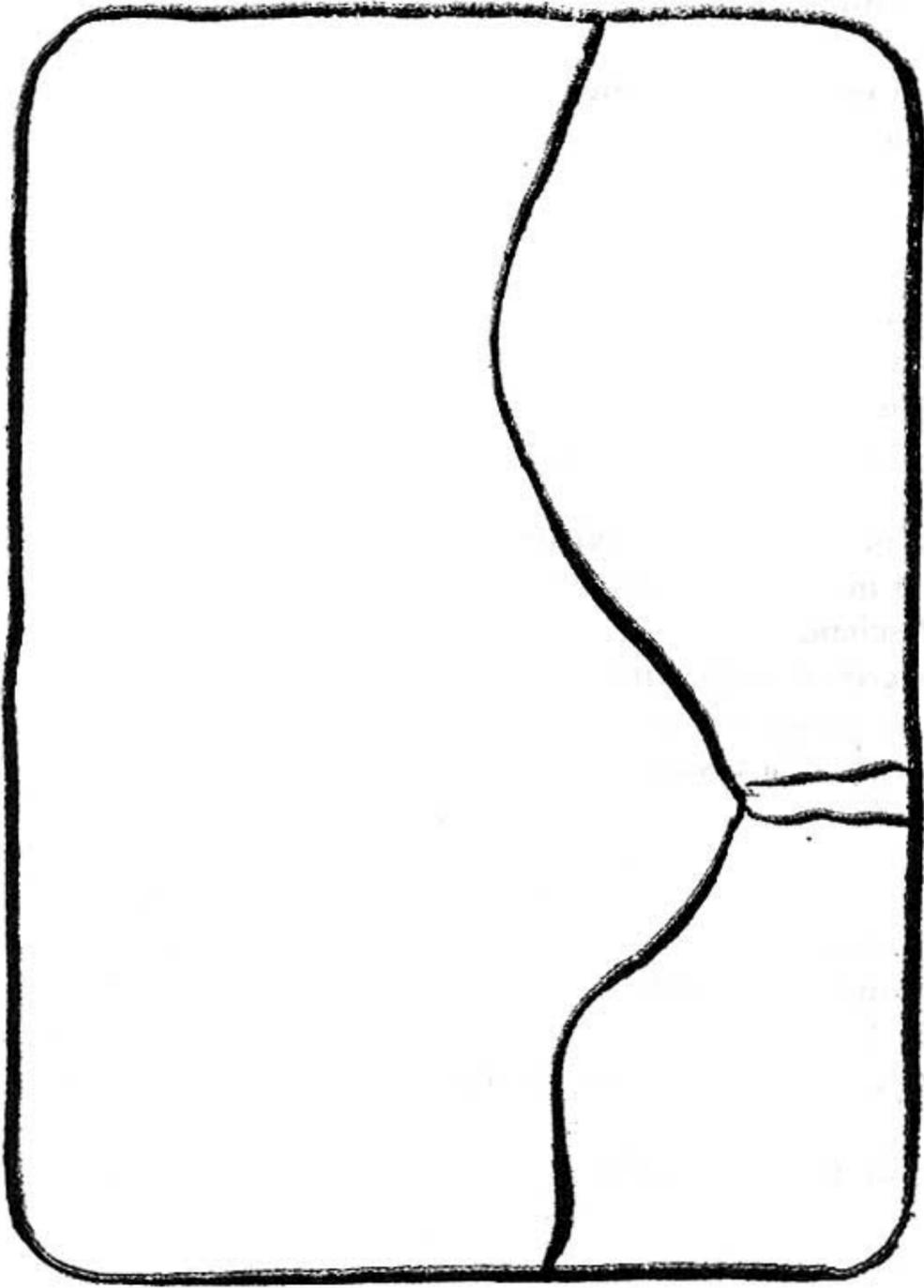
Simulando mi ondular por la existencia,
los caminos del mar
ascienden y descienden;
se yerguen las crestas vespertinas
y convierten en elípsis nuestras vidas.
Quiero cabalgar por la resaca
antes del festín
ristre de ola
rastros de dioses
rostro de tormenta;
oscuro simbolismo de lo triple
que gira desde Lug
hasta la fuente del ingenio de los druidas.

Pero los cotos de caza prometida
no aparecen.

Ayer hubo tormenta por la noche
el mar recobró sus dimensiones habituales
y tuve que bregar contra su furias.
Solté lastre y reparé los obenques de mesana.
En lo más intenso de la tempestad
el barco llegó a escorar 40°.
El día de hoy ha sido tan normal
que todos sospechamos se trata de un preludio.

Aberración de la esfera
el agua se curva de mañana
y espontánea
la marea levanta

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

estelas consteladas
(de pájaros y manatíes y lamas gaviotas)
que intercambian
del océano al cielo
y entramos de repente en tromba;
de la siguiente, quizás yo seré la presa.

Amanece lloviendo;
turbulencia de agua clara
o tenaza de viento,
surgen huracanados filos
que recorren silbando la corriente
y esa luz,
puente colgado entre los límites del mundo
resuena palpitando radiaciones
en el agua.

El agua es
a mi entender
de la transparencia necesaria.

¡Creo en ti
Señor de los espacios inasibles
y en la forma de esfera de la tierra!
y no rehuyo el conflicto que ello implique;
el deseo de gloria
me embarcó en la turbulencia
mas algo pasa
que marchitan mis flores prematuras
y pierdo el rumbo de la barca mañanera;
habitado de signos que me escapan
tan sólo fracción de TU acertijo
acepto mi destino extraño.

Emprenderé de nuevo el camino de la tierra
sé pues mi compás en esta niebla,
dora un poco con tu calor mi madrugada
y libra al espíritu
en alguna lontananza;
vuelvo al caos,
me reintegro al ciclo
incesante y sin condiciones de la vida
pero quizás regrese,
tiempo sideral como intermedio
para pretender descifrar otro acertijo.

Es tiempo de globos azules
en el rodar de mis horas. . .

Quedan sin resuello mis caudales
como manantial en el invierno,
la mañana en el arroyo

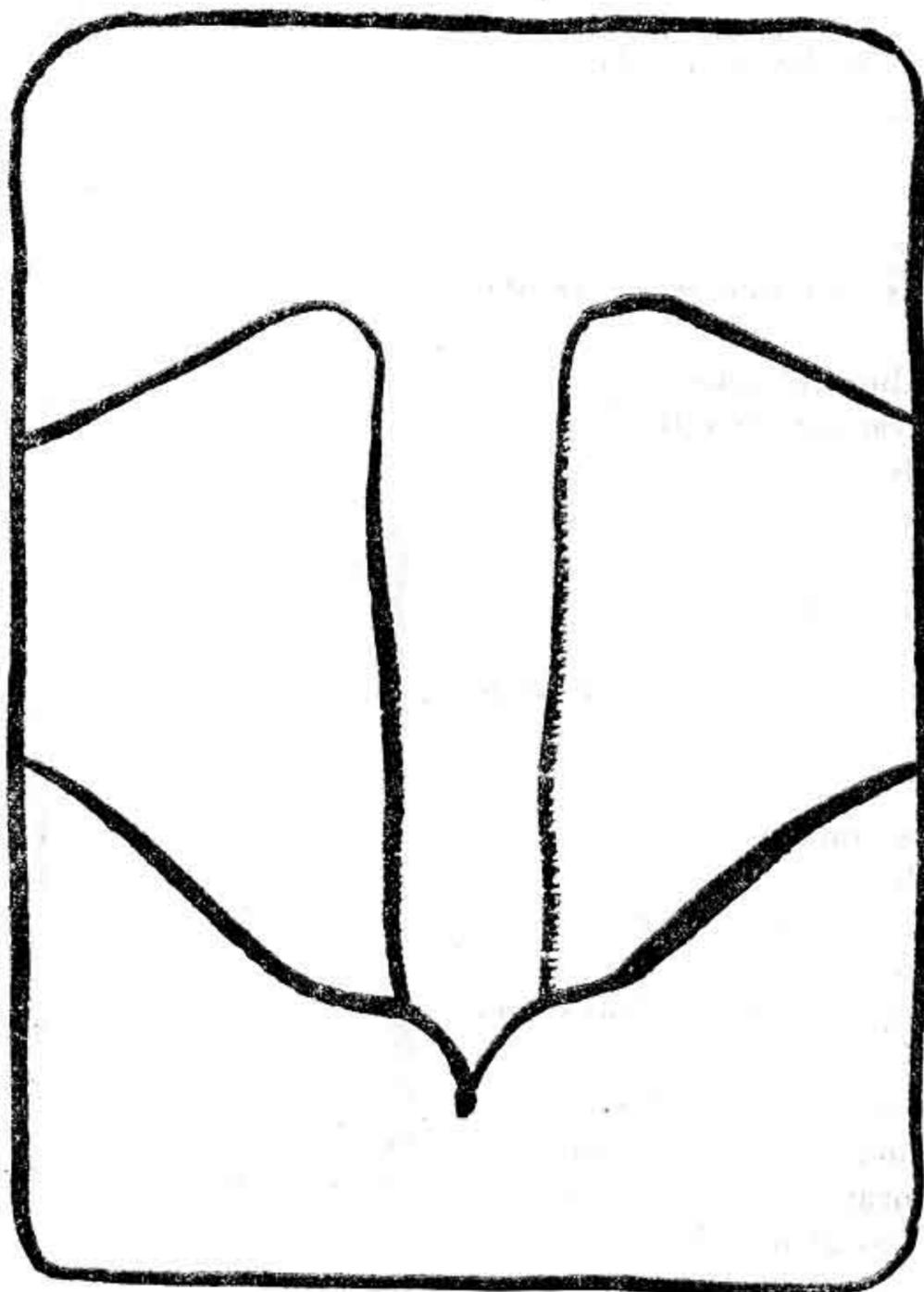
descongela la imagen del reflejo,
erran solitarias golondrinas
camino a TU Sol
que las deslumbra;
¡HEEELIOOOOOOOOSSSS...!
timonea la formación de mi bogar
hacia el portuelo,
dame un lugar SEÑOR
inflama mis odres de ternura
y acércame a tu eterno camarote.

o

Salí de soleado puertecillo
en busca del origen;
los pabellones centelleaban de colores
y mujeres por el muelle
desgarraban la luz
en sus vertientes;
los tarrones de cerveza,
el arriaje listo
y la partida,
loco carnaval hacia la miel
con todas las estrellas en la ruta.
Bronceados marinos
buscaban enrolarse como fuera;
ofrecieron oro y sacaron los puñales
pero había que estar en este barco
vagando en los declives
en busca del sentido;
había que partir de lo obvio
para encontrar a la tierra de nadie
entre nosotros;
pensé surcar
de la duda a lo veraz
y no sucede
sino una claridad como bochorno
preludio de cielo alborotado.
En realidad, la certeza es esto,
a la deriva:
vértices sinuosos
y el agua que se curva
de mañana;
tu creer tan simple
y toda mi duda acumulada.
En tierra firme
el sustento tan seguro es vano,
corrompemos el sentido de la estancia
y aún le exigimos los colores.

Avanzo tan cerca del final
que parece paradoja;
el tiempo se me escapa sin control alguno

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

estúpidas marsopas saltan por la borda,
blancos escualos persiguen nuestro rastro
y escasean las provisiones;
los vigías enloquecen
y tengo que matarlos;
el esfuerzo de lo inerte se organiza,
y fractura el tejido de mis redes.
La evidencia de las cosas cae
como enorme telón desvencijado
y clausura la incerteza
de los muros marinos;
sólo lo inverosímil permanece,
así nosotros,
pura contradicción desmantelada
y vuelta a comenzar de nuevo. . .

En este río revuelto
todos resultamos pescadores
(o que todo se siga yendo por la borda).

Vértigo insensible del caos,
habrá que ensayar un arrecife,
buscar una embestida;
esto que sucede
se acerca a la frontera de natura,
al arrabal del mito. . .

. . . temo al resplandor de tales horas. . .

con qué rigor
la selección nos condena
a ser de aquellos
que pierden la vereda;
certeza solitaria
de vivir un largo tiempo un solo sueño;
marino fugaz,
pretensio devorador de leyendas,
reinvento a diario de tu pobre suerte,
tu pasión alcanza;
si nunca agotarás al mundo,
inícialo, siquiera en desbandada. . .

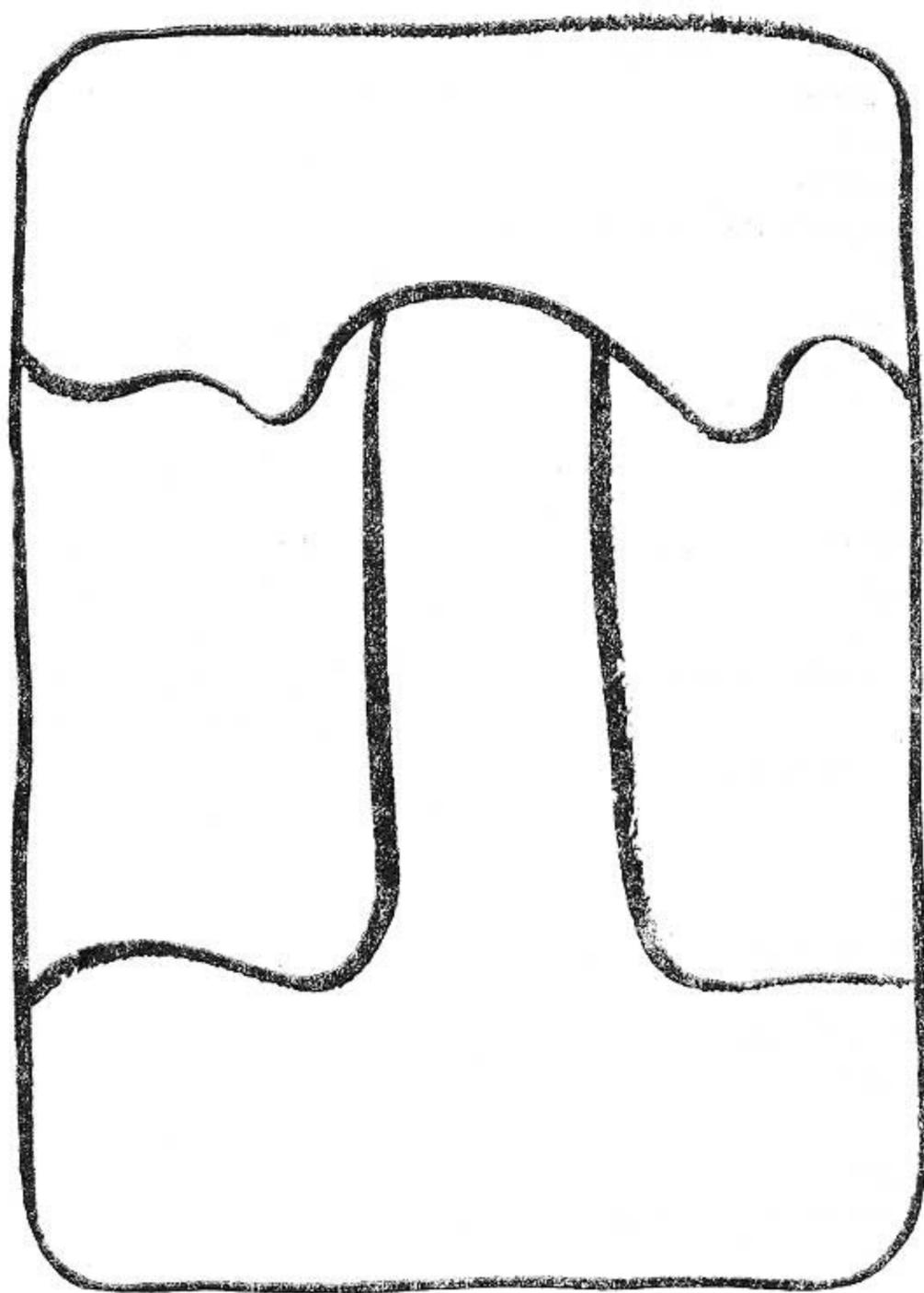
No pararé ni al mundo ni al destiempo,
me voy a acelerar en ellos. . .

Continuo en permanente cambio
no distingo el horizonte
como una línea sola;
viento suave dirige la marea,
la vida se cumple en su intención,
y a esta misma
mi hora tardía,
mi tiempo detenido,

es mediodía en los azores
y una ola inmensa,
movida por el viento,
avanza,
tiempo largo del Sol, que me rebasa.

¡Dame un lugar SEÑOR,
inflama mis odres de ternura
y acércame a tu eterno camarote!

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

He nacido en la región más transparente

1.

He nacido en la región más transparente
en la tierra umbilical de los lagos centrales
lugar amurallado entre montañas
a la orilla del agua
en el agua
en el tular o sobre el agua zarca.
entrada
entrada
donde abunda el chile
en el repecho del lago
en el agua de la quebrada del monte
en el agua de llovizna
junto al salitre
en el lugar cercado de los frutos agrios
sobre las cuatro casas
a la orilla del agua
en medio de la tierra
tularcillo en la vereda del arenal
tierra fragorosa
lugar de leñadores
donde abunda el ahuiizote
en el agua
ombligo
el pequeño ombligo
donde brota el agua
en el monte alegre
del valle de conejos
ombligo del conejo de la luna
luna
lugar donde hubo incendio
junto a flores
pozo
lugar de cuervos
donde hay tierra blanca
cerro de zacate
Nací con humedad de río
y mi cabello es yerba
en el agua
en la flor del agua
lugar de garzas donde tañen flautas
nueve tierras
casa florecida
lugar que tiembla
donde abundan los coyotes
en el rincón del cerro
donde el águila gobierna
cercada de carrizos
paridero
juego de pelota entre las cañas

junto a los tomates
sobre arena
sembradío de arena
donde corre el agua
agua hermosa que baja
en las espinas
sobre lajas de culebras.

Y mi pequeño sepulcro yace aquí
sobre el tepetate
en el agua de la quebrada del monte
agua templada
entre gente noble
agua amarilla
lugar donde perfuman las flores
lugar donde se lava sobre escudos
lugar donde comienza la barranca

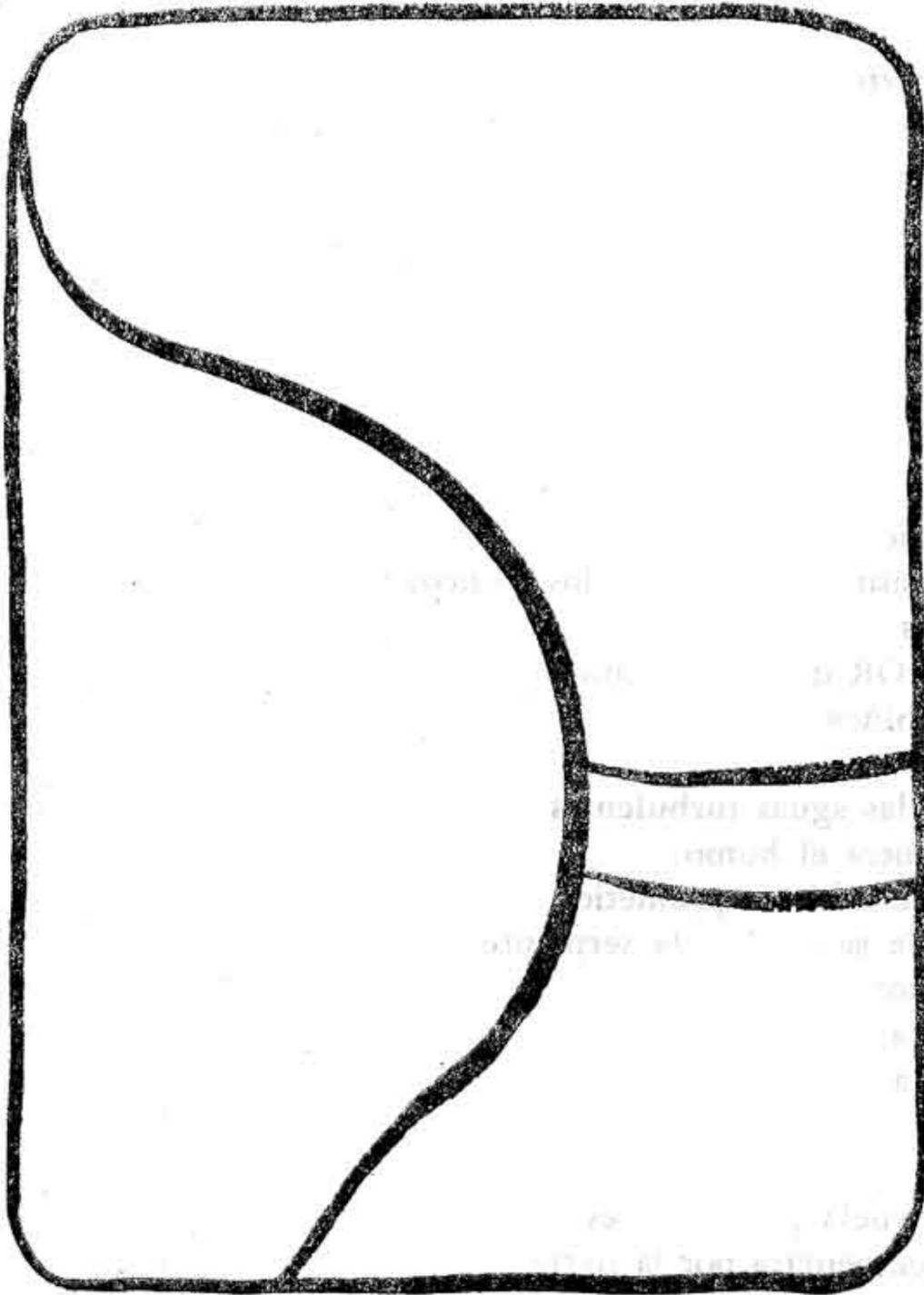
Nací en el agua
a la orilla del agua
junto al cerro
cerro de langosta
cerro de ocote
Malinalli
lugar de las luciérnagas
bifurcado manantial en los escudos blancos
entre las frutas
donde EL SEÑOR dio el alimento
junto a los sabinos
nacé en el agua
en el valle de las aguas turbulentas
que luchan contra el humo
en la cuenca de la tierra prometida
donde el águila se come a la serpiente
parada en el nopal
que tiene sus raíces en la piedra
de la que brota el agua

Ajusco
el águila que vuela por los aires
la serpiente que penetra por la tierra
donde se bifurca el Sol
tierra del Sol
ombligo del conejo de la luna
el caldero
cincuenta
kundalini

2.

¡Hay liebre de maguey!
¿cuál es el motivo de tu pena?

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

¿en qué plumaje tu silueta se detiene?
¿qué clase de sequía te riega?
¿abre camino tu machete en el breñal,
o su brillo herrumba?
dime hijo del Sol,
¿la flecha de tu vida dá en el blanco?
¿abreva tu nagual de buenas aguas?
¿danzas por la tarde?
¿recorres el lugar de los encinos?
¿o es que acaso el carrizal se ha roto?

¡Ay mi padre!
conozco la senda del venado
que se cubre de sombras por la tarde;
he sentido el aleteo del colibrí sobre mi pluma
y en baladas suaves persigo el atavío;
me acerqué de propio paso a la corriente
y en la hora florida de obsidiana
he cruzado el filo...

¿Que es entonces lo que oprime tu follaje
si el Sol en movimiento surca
y el polvo del camino se levanta?;
¿si el vino de la tierra endulza
los labios de tu amada?
¡Ay mi padre!
emigra el ave tras el Sol
y rompe la ola su vibrar encandecido;
he velado la señal, comí del árbol
y en el límite de mundos tan distintos
que se imbrican
incluyendo en el intercambio los despojos,
contemplo al incesante en el jardín,
el ave cruza por delante de mi asombro
y el vértigo confunde.

Me alejaré de las luces de mi pueblo
en medio de noches esmaltadas
envuelto en el cobalto de la bruma,
nuestro tiempo convoca un acertijo
y se desplaza el brillo.

o

3.

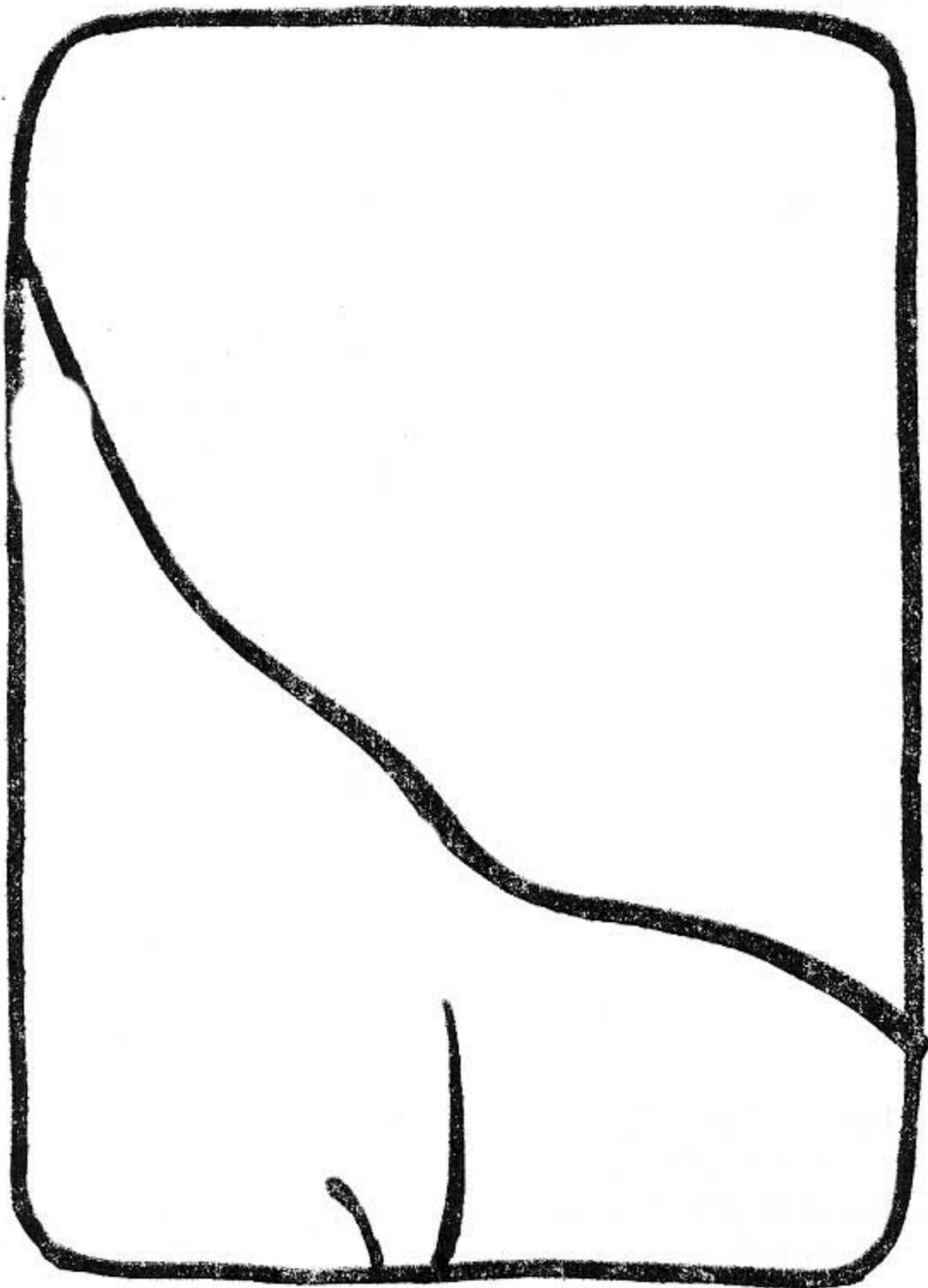
Se concentra la luz en el anhelo
por carencia de luz en el paisaje;
haber nacido aquí desde generaciones
y ser testigo del monstruo,
ser parte de la entraña:
transparencia de palacios rota,
suburbios a lo yanqui

y vecindades en prohibido laberinto;
y aun así, amar la paradoja
y buscar el incesto en cada esquina.
Somos de aquí como común castigo
hasta que encarne en la mujer dormida
el despertar del Hombre que esperamos.
El tiempo y el enviado llegarán
habremos de vivir otras edades;
hay lugar, en las bóvedas del sueño
y en los cotos de caza de un arpegio.

Pasará la nave de cristal
recobraremos la tierra

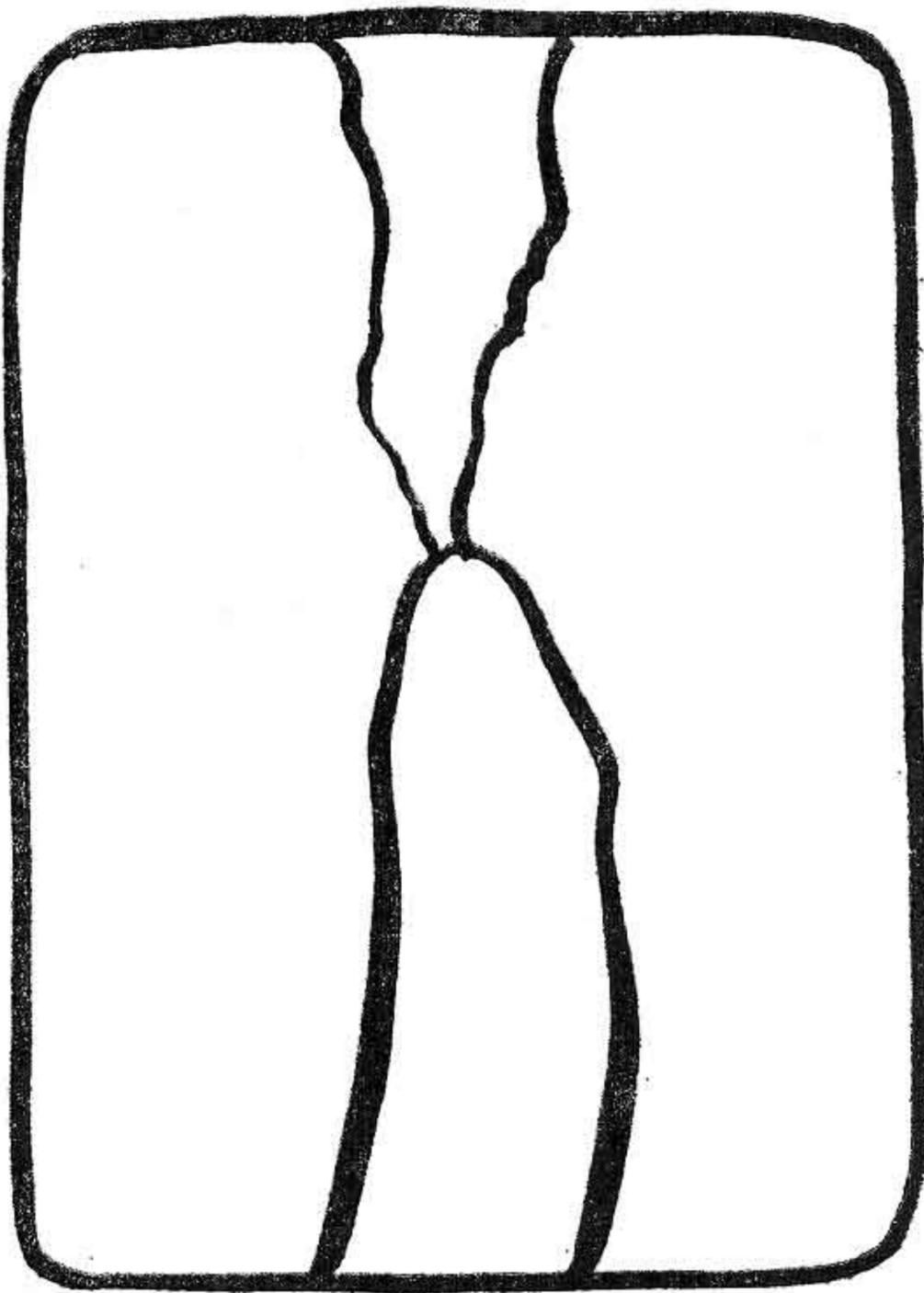
En tanto,
la historia somete a la leyenda
y aguardamos
como gatos luchando en la basura

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

TERCER LUGAR



Rocamadour '79

CUENTO

1er. Lugar

Otra vez reptado en tus rodillas acariciándote con la misma lengua blanca

A las tías de Guillermo Samperio

Por Elsa Castro Rea

Llegamos. Mi tía la de nombre olor tabaco abre su sonrisa de puerta hueca. Entre besos y saludos mamá carga la tarde en su collar, las miradas largamente frías y el sabor a encierro de cada figurilla de porcelana.

Yo, el aliento que vertieron en mi cara los labios opalinos, la mesa y el espejo amarillento, el tapete raído y mis manos sepultadas en las bolsas del abrigo arañándose las piernas.

Me conducen a la estancia.

Todo sigue igual, la vela tiritante en la repisa, el interminable tejido ensartado en las agujas colgando del sillón.

Mi tía reparte vasos; el que me pertenece lo coloca en la mesita frente a mí.

No tengo sed.

Ellas, frente a frente, la anfitriona con gesto de mecedora, acariciando el rosario que pende de la cintura en la falda larga y mamá junto a mí, en mí, por mí, desde mí, conmigo...

Beben mientras charlan a gritos.

Mi tía repite que es un líquido dulce, que lo tome. Mamá me ordena con la mirada.

Acerco la mano lentamente mientras el humo del cigarro rodea a la luz.

Derribo el vaso y se forman pequeñas olas entre un perrito de alabastro y una lámpara encendida.

Mi brazo es agredido, al mismo tiempo siento la palpitación del odio en mi cuerpo. Los cuatro ojos me miran demasiado cerca.

El odio sabe agrio, lo escupo, me acorralan en un rincón, pero ahí está el tejido, la aguja relampagueante, manos y risas, lámpara y noche, aguja y sangre que escurre por su cara y el ojo descansa en el tapete.

El perroalabastro sacude la melena, se yergue aletargado, lentamente abre los ojos y las largas pestañas derriban el espejo, el calendario polvoriento, la vitrina acogedora de figuras arcaicas de pastel y frutas con órbita de mosquitos, sus garfios en pesado chapoteo arañan la mesa, desciende en blanca posma, se acerca exacto, olisquea como fuelle los blanquísimos brazos de mi tía y le muerde las corvas viejas, estúpidamente gritonas. Los limones y las peras ruedan incansables.

El perro y yo nos conocemos bien, los dos nos escondemos detrás del color alabastro para restregarles en los ojos lo que nos disgusta, es la sombra lo que más odiamos, así como mi vestido blanquísimo y su lengua blanca.

Las desnudamos, las tiernamente acostamos, le abro a mamá la boca hasta que las quijadas le truenan y le introduzco una manzana.

Mi tío sigue llorando sangre, se retuerce con espasmos de perro, se asoma entre sus piernas abiertas un pedazo de espejo amarillento y las últimas cuentas del rosario desgastado por las horas ociosas.

La aguja relampaguea y el perro me la acerca en su hocico. Tomo el vaso, la aguja se quiebra tratando inútilmente de penetrar ombligos del tamaño de un peso. Por fin la aguja entra en un vientre que estalla tenso, con sonido seco y

oscuro, apagado. Derrama líquido dulce, aprovecho para llenar el vaso. No ha pasado nada, el vaso sigue lleno.

No tengas cuidado, le dice mi tía a mamá y se pierde tras una puerta.

Mi brazo es agredido.

El perro desde la mesa me mira, también mamá, mi tía reaparece con un trapo de cocina entre las manos. Ahora sí tengo sed.

La mesa aún gotea, de líquido dulce.

*Del Señor por sobre todas las cosas*Por *Alberto Enriquez*

Y pensar que no sólo basta con decir hola o lanzar el cigarrillo a medio terminar cuando los pies del desconocido se adelantan y las miradas se encuentran, entonces, inclinarse justo donde el escaparate de la esquina converge con tu presencia y acusa una huida despistada, hace que la tentativa se acalore y acudas al simulacro; lecho nupcial enmarcado con reflectores a colores y sábanas rosadas. Y tú, en medio del jefe y los empleados, bostezando, abriéndote paso entre los colores y la claridad que envuelve porque de repente se hizo la luz y los pasajeros con destino al próximo regalo te descubren y abrazan para la postal del recuerdo. El desconocido regresa y presientes que es uno más de los espectadores hasta que el ruido del tranvía asoma y sin querer cierras los párpados para obligar al silencio a permanecer en donde el escaparate se ilumina solamente con la presencia de ciertos sueños como el tuyo. Entonces la frase del caminante y el frenar del tranvía se confunden y el ¿sí?, en lugar del hola o del cigarrillo suena lejano, casi como el primer día en que regresaste cansado, sin haber conseguido una mirada, unos pasos o una noche, por eso las mantas te cubrieron y te encerraste en el sueño, apostando una vez más que los días se repasan solos y vuelven a la censura, a la travesía, al paseo que la alameda resuelve en una banca metálica y fría como el cerrojo del silencio bajo las mantas y el sueño de cada vuelta. Aquel día es hoy porque te encierras de igual modo, con las palabras asestando duro contra los labios para que éstos dejen de cimbrarse y se resuelvan, de seguro terminarán por malograrse hasta mañana o hasta el día del juicio cuando las tumbas hablen y los huesos conformen nuevamente la estructura de los siglos, hasta ese instante la piel comenzará a despabilarse para acudir al reclamo de los días hábiles sin extrañar un séptimo para el descanso y las ideas, para que el cuerpo tiemble y se desespere a la orilla del desconocido que arroja las mantas fuera del abrazo y se arrastra hasta la superficie midiendo y husmeando los altibajos de tu presencia, oliendo tu último baño para terminar dajándose caer en el abismo de la mirada pálida. Un cuerpo junto a otro abriéndose las entrañas para rescatarse del fin y meditar en la germinación instantánea, esporádica, abriéndose a la tierra y sus descendientes, al campo, a la ciudad y a los escaparates para que el círculo remarque su vigencia y la vida vuelva a lo común y corriente de su travesura. La virulencia no lleva consigo el golpe que avisa para traspasar imágenes, simplemente se deja llevar y cuando menos se le espera, plaf, ya está y el escaparate vuelve a iluminarse antes que el desconocido sospeche tu aventura o la rigidez del cigarrillo por los aires rematando su último aliento en la vidriera donde el lecho se despierta y tú abres la tierra para emerger de las sábanas. La subasta da principio, el quién da más se acalora porque nadie dice yo y se enfrenta a tus noches para descifrarte el siguiente minuto. Llegas al final porque el tranvía ha repasado sus rieles y levantas la cara acudiendo al sonido de nuevos pasos sobre la acera y la media noche. El camino se confunde, te observa entre indeciso y pensante mientras tú obligas tus labios a sobreponerse organizándose ante la espera. Sin embargo, la frase se ha perdido entre su ausencia y el tranvía, y el desconocido vuelve a dudar empequeñeciendo tu postura a manera de pregunta, ¿sí? El desconocido hace el intento de acercarse, de llegar a tu cara y convencerse que tu silencio es opuesto al suyo, que existe una agonía en esa espera sentenciada por la noche, la esquina, el tranvía, el escaparate y sus contornos luminosos que acechan rostros como el tuyo y como el de los pasos cautelosos a lo largo de la calle. Volverse para mirar al visitante resulta ser el golpe definitivo, por eso huyes del momento para alcanzar otros pasos y despistar la desvelada frente al sonido del tranvía que se aleja a la última

de sus estaciones, la que termina en la habitación de cerrojos fríos y sueños sueltos cuando la mirada se pierde entre la almohada y el círculo reclama nuevamente su principio.

Noche desmantelada a deshoras, trasnochando un claro a un costado de tu cuerpo porque el desconocido quedó lejano, perdido en el último de los sonidos cuando el tranvía llegó a su fin mientras tus labios continuaban removiéndose insistentes, esperando la frase o el instante frente al azoro de la impotencia y el desvío. Permaneces solo, adivinando la altura de las paredes y lo infinito del techo mientras el sueño acusa un frío siniestro y calcinante, arrebatador de citas y de alamedas cuando todas sus bancas han ido acumulándose a tu alrededor, una sobre otra, retorciendo sus hierros para que el claustro cumpla con las dimensiones de tu sueño y despiertes encerrado hasta la médula aferrándote al frío metálico de las rejas y el cansancio, sobreponiendo tu vista a la iluminación del próximo escaparate que no aparece pero que incita a la lucha con el cerrojo de la puerta y con los hierros a manera de clavos. Afuera el cuerpo abre la intemperie, humedece resquicios, se expande a la luz y al viento. Una vez que has sobrepuesto lo arduo del viaje y te enfrentas al primer caminante que atraviesa. Lo miras y maquinalmente abres paso a nuevos pensamientos que buscan escaparates para distraerte. Sin embargo, de inmediato los desechas y comienzas el ritual de enfrentamiento con el cuerpo que ha quedado aprisionado entre los hierros retorcidos del claustro. Lentamente empiezas a desprenderte de la chamarra y de la camisa, desabotonándola quedo, en tanto encaminas tu andar al centro de la avenida donde el camellón espera y el encuentro se prevé de curiosos que buscan con su gratitud acomodarte un silbido por encima de tu locura. Para ellos, suerte de observar. Para ti la rutina debido a sus domesticidades. Te detienes justo al centro del conductorio vial y colocas las prendas en el cemento sin descuidar la parsimonia del rito. Sonríes. Llevas tus manos al pantalón y lo desabrochas hasta que éste se detiene a media pierna y termina por deslizarse hasta el suelo. Desprendes el cinturón de las presillas y lo tomas. Continúas con los zapatos y calcetas para quedar de pie, mirando a las personas que te rodean. Los reconoces y sus dimensiones te comienzan a exasperar. Los rostros se te aparecen en todos los tamaños posibles. Es preciso que el encuentro llegue, te dices, y destinas el vuelo del cinturón hacia sus caras para alejarlos del momento, de la ciudad, del templo que poco a poco te empequeñece hasta quedar hincado frente a tu propio cuerpo husmeando los altibajos de tu presencia. Mienras, el tranvía se pierde en otra noche.

Siempre estabas, Luvianka

Por *Francisco José Amparán*

Sí, eras muy hermosa, Luvianka. Aún teniendo al Standarten-führer SS Reinhard entre las piernas, eras extraordinariamente bella. Recuerdo tu pelo cayendo en capas doradas, una tras otra, sobre los hombros, torneados y blancos. Tu cara semejaba la de la Virgen de la capilla en el camino a Lublin, después del recodo. Eso lo recuerdo muy bien, porque pasaba cada semana por ahí, para comerciar con mis mercancías. Era una capilla pequeña, con un campanario alto, espigado. En eso también se parecía a ti. Cuando llegaba el invierno y se cubría de nieve, eran idénticas, te lo juro. Siempre me paraba ahí, para recordar y compararte. Alzaba los ojos y sonreía al ver la campana en lo alto. Sólo se parecía a tikuando tintineaba, melodiosa, llamando al Angelus. Sí, entonces era tu voz la que caía en trozos desde ahí, me llamaba y cantaba, aunque sin el eco que siempre dejabas al hablar. Después, cuando continuaba mi camino, dando de latigazos a los bueyes que jalaban cansados la carreta, seguían buscando en el bosque, en los puentes, en los ribazos, algo que se te pareciera. Y lo encontraba. Aquí los abetos, armoniosos y frescos, despidiendo el perfume que emanaba de ti. Allá, el trino de los gorriones, que, con el eco ausente, pretendía simular tu voz cuando cantabas en el festival de San Estanislao. Siempre estabas, Luvianka.

Habías estado desde que cumpliste 17 años. Fue en 1938, cuando te encontré en la plaza, caminando junto a tu madre. Recuerdo que les ofrecí un ramo de violetas. Tu madre no las quería comprar, pero le dije "son para la niña" y las tomó, de mala gana. Me sonreíste, y eso es lo que más recuerdo. Desde entonces, Luvianka, estuviste. El pueblo era pequeño y pude conocerte mejor, espiando, preguntando, pero sintiéndote mía, conociéndote como nadie. En cuanto lo creí conveniente, te empecé a hablar, acompañándote cuando salías de la panadería llevando las hogazas calientes a la casa, donde te esperaba tu madre, en su eterna labor de costura. Y aquellas caminatas eran hermosas, porque el sol se empezaba a ocultar a esas horas, detrás de las montañas, y te decía que seguro que Sieldce se estaba incendiando en ese momento, porque tanto fuego cayendo obre la ciudad tenía que acabar con todo. Te reías, con aquella risa cantarina, y te burlabas de mí. Eran burlas inocentes, amistosas, no como las del resto de la gente. Siempre fuiste muy buena conmigo. ¿Te digo una cosa? Entonces creí que podríamos ser novios, y que, a su tiempo, nos casaríamos y, con media docena de niños, seríamos felices en una casita afuera del pueblo. Sabía que más de un muchacho te pretendía. Pero eso no me importaba.

Llegó 1939. ¿Te acuerdas? Las hojas se habían puesto amarillas, creo que más que de costumbre, y ya empezaban a caer, empapelando los caminos y los campos, cuando los empleados municipales empezaron a pegar aquellos cartelones rojos sobre las paredes de las casas y de los comercios. Era el llamado a filas. Todos serían reservistas del ejército, el país estaba en guerra, era el deber. El deber de todos, menos el mío. Mi pierna derecha lisiada, mi lastre y mi perdición, el blanco de todas las burlas, ahora se convertía en salvadora. Yo fui el que se reía aquel septiembre. Me sentaba en el suelo y miraba burlón a todos los muchachos, muchos de tus pretendientes, y los venerables hombres maduros, salir del pueblo con su mochila rumbo a Brest Litowsk, para incorporarse a sus regimientos.

¡Qué feliz me sentí entonces! La campiña, el río, el pueblo, incluso la capilla del camino a Lublin, todo quedaba solo para nosotros dos, Luvianka. No había ya gente necia que nos estorbara con su presencia y sus palabras. Era nuestro, y podríamos compartir nuestras ideas y nuestros sueños, todo, sin miradas reproadoras o de desdén, sin tener que oír ya las burlas y las vejaciones, sin esperar que volvieras del pajar con aquel muchacho hosco del brazo. Sí, todo era nuestro.

Hasta que llegaron los alemanes. Entraron por la puerta del Oeste, con sus grandes máquinas y camiones, con aquel estruendo y olor a gasolina que nos llenaba. Casi todo el mundo huyó, sólo para encontrarse con que Brest estaba ocupado ya por los rusos. Eso también me dio mucha risa. Huir de los alemanes para caer con los rusos. Claro que nosotros no huíamos, Luvianka. ¿Qué podría pretender yo, con mi pierna inútil y mi carro de bueyes? ¿Cómo podías dejar a tu madre, tísica e incapacitada de moverse de su casa? Huir era idiota, siempre me lo pareció. Y entre rusos y alemanes, la verdad, todavía no encuentro mucha diferencia. Alguna gente regresó, sí, pero de los hombres, de muchos de ellos, no se volvió a saber nada. Mejor. Creo que sólo nos hubieran estorbado. Y también a los alemanes, y sobre todo, al Standartenführer SS Reinhard.

Era alto, rubio, de ojos azules, como tú. Entró en un carro descubierto, de pie, mirando a un lado y otro con firmeza. Me pareció simpático a primera vista, y creo que a ti también. Se veía muy marcial con su uniforme gris y sus insignias plateadas. No era muy joven, pero lo parecía, por su cuerpo robusto y la cara añorada con los ojos tan azules. Me fijé que inmediatamente le llamaste la atención. Cuando te vio recargada en uno de los pilares de la plaza, sus ojos brillaron. Sonrió, y fue una de las pocas sonrisas que se le llegaron a ver, se inclinó y dijo algo a su ayudante que iba atrás. Al día siguiente fueron a tu casa aquellos dos soldados, con sus cascos bruñidos, a decirte que el coronel Reinhard precisaba de servicio doméstico en su casa, la que había sido el gordo señor Lugov. Tu madre se oponía, pero ¿qué se podía hacer? Fuiste esa misma tarde, y no regresaste sino hasta el siguiente día, que dijiste a tu madre que el Standartenführer te permitiría visitarla cada tercer día, y que te pagaría bien. No le quedó más remedio que aceptar. Creo que fue un mes después cuando murió. ¿O fueron dos?

Los alemanes no pagaban muy bien mis productos, por lo que ofrecí mis servicios como jardinero al coronel. No pedía más que comida y hospedaje. El gordo Lugov había mantenido siempre en perfecto estado su hermoso jardín. Pero él había huído al norte, hacia Lituania, y su jardinero fue enrolado en el ejército. Al Standartenführer le agradaban los prados y los rosales, y aceptó de buena gana mi solicitud. Sólo me preguntó si era judío, mi edad y cosas por el estilo. No hubo ningún problema, y pronto empecé a podar, cortar, sembrar y cuidar las plantas que hasta entoces, sólo había podido admirar de lejos, desde el otro lado de los setos que rodeaban la casa del señor Lugov, el gordo comerciante. Entonces pude estar cerca de ti, Luvianka, viviendo en la misma casa. Te veías simpática con aquel delantal verde, desempolvando los muebles, poniendo las figurillas de cerámica en su lugar, ordenando todo. Y luego, en las noches, cuando dormías con el coronel, seguramente te veías más hermosa, más radiante. Por eso nunca te cambió, como me contó el tuerto Buchavsky que hacían otros jefes militares en los pueblos de los alrededores. No, él te prefería, como yo, y no te hubiera cambiado por nada. Ni nosotros a él. No nos trataba mal, ni nos golpeaba como a los judíos del pueblo, a los que un día mandaron en camiones a Bergen-Belsen, creo que cerca de Cracovia, para repoblar el lugar. Siempre había pensado que por allá hay muchas ciudades, pero sólo Dios sabe para qué las iban a repoblar, y menos por qué con judíos. El caso es que a nosotros nunca nos hizo nada malo. Al contrario. Cuando había banquetes, y venían los jefes de toda la región, a veces nos dejaba comer las sobras de la comida y los vinos. De cualquier manera comíamos bien, con banquete o sin él. Y eso era difícil desde aquel verano en que Brest fue ocupado por los alemanes, y la comida se racionó aún más en el pueblo, porque debía destinarse a las tropas alemanas que ahora peleaban contra los rusos. ¿Te acuerdas, Luvianka, del sonido apagado de los cañones allá en el oriente, en aquel principio de verano, el día más largo de 1941?

Entonces empezaron a pasar camiones y más camiones, llenos de soldados, rumbo al oriente. Nunca se paraban en el pueblo. Siempre seguían de frente,

sin dejar sus caras largas y bien rasuradas. Luego eran los tanques. ¿Los recuerdas? La primera vez que los ví, me asusté. Eran monstruosos, y el chirriar de sus bandas de hierro producían escalofríos al que no estuviera acostumbrado a oírlo. Generalmente pasaban de noche, pero cuando lo hacían de día, el Standartenführer se paraba sobre un tanque ligero, para levantar el brazo y sonreír mientras los camiones y los tanques rodaban hacia la nueva frontera, que, según contaba el tuerto Buchavsky, cada vez estaba más hacia el este. Y tú y yo seguíamos aquí, sin preocuparnos de qué podía estar pasando allá o en otro lado. Tú estabas cada vez más hermosa. Eso era lo único que distinguía un día de otro. Cada día te veía salir de la alcoba con el pelo más dorado, con la piel más suave y más blanca. Y yo seguía podando los rosales y tú seguías estando, como siempre. A decir verdad, el coronel y sus galanteos nunca me importaron, porque tú seguías ahí, y aunque la casita y los niños no parecían posibles en un lapso corto de tiempo, era lo de menos para mí. Sería el año siguiente, o si no, el otro o el otro. Tú seguías estando, y era todo lo que importaba.

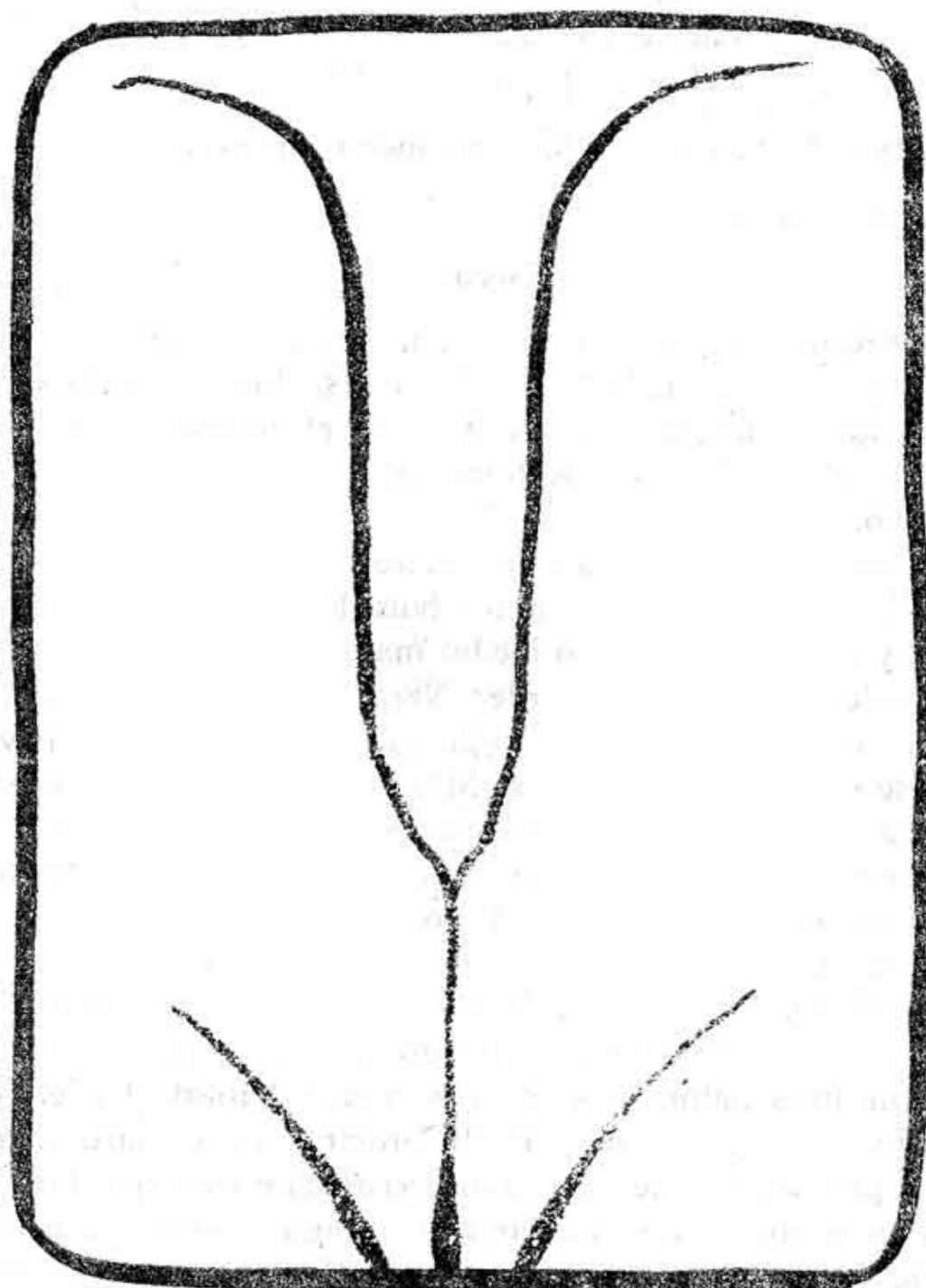
Así pasó el tiempo. Fueron bellos días, teniéndote cerca, siempre en la misma casa, los dos bajo el mismo techo. Nunca salíamos al pueblo. Los pocos que quedaban, nos llamaban traidores o colaboracionistas. Pero eso no importaba. Ellos no comían tan bien, ni te tenían cerca como yo. Y tú no necesitabas salir. Allí brillabas como un sol. Eramos felices. Los dos así, próximos; yo mirándote de reojo, casi a escondidas, para no despertar recelos en el coronel Reinhard, sobre todo desde aquella vez en que entré a la alcoba con un aguamanil enviado por Wilhem, su ordenanza, y lo encontré montado sobre ti, y pude ver tus pechos blancos y tu vientre plano, cálido. El coronel se encolerizó y me echó fuera; después se reía de aquello, e incluso me gastaba bromas. Pero ya no te pude ver con desenfado; aunque lo mío y lo tuyo seguían siendo lo mismo, ¿verdad, Luvianka?

Aquel invierno las cosas empezaron a cambiar. El Standartenführer SS salía continuamente al frente de batalla, que estaba ya muy cerca. Tuviste que pasar las noches sola, vigilada por Wilhem, que una que otra vez se coló a la alcoba. No me puedes ocultar nada, Luvianka, yo lo sé, te vigilaba, sí, puedes decir que te espiaba. Era para cuidarte, sólo para eso. El coronel regresaba cada vez más preocupado, más cabizbajo. Y eso se reflejaba en el ánimo de todos, menos en el tuyo, que seguías alegre y bulliciosa. Estando presente o no el coronel, siempre eras la chiquilla que yo conocí un día en la plaza, a la que regalé un ramo de violetas.

Una noche el Standartenführer SS Reinhard no regresó. Wilhem se puso nervioso. Dijo algo sobre la ruptura del frente, de los rusos, cosas ininteligibles. Yo me encerré en mi cuarto, a un lado del jardín y en la mañana, por la ventana pude ver a los soldados aquellos, con su uniforme café y su manta cruzada sobre el pecho y espada, disparando sus ametralladoras. Pobre Wilhem, lo despedazaron. Salí entonces y los rusos, viéndome lisiado y vestido de paisano, no me hicieron nada. Me obligaron a subir las escaleras de la casa. Me pusieron frente a ti. Uno de ellos, aquél que hablaba polaco, el de mirada hosca y dura, me preguntó si te conocía. Le dije que no. Luego preguntó si era colaboracionista. Le dije que no sabía. ¿Recuerdas su rostro cuando dijo que viera lo que le hacía a los colaboracionistas? Lo debes recordar, Luvianka, porque cuando con un bofetón te arrojó a la alfombra, y ahí, uno por uno, te fueron violando los del pelotón, mientras tú gritabas y arañabas y sangrabas. Después me volvió a preguntar. Le repetí que no y le pedí su pistola. Fue cuando te di el balazo en la sien. Estabas tendida en la alfombra, con la ropa desgarrada, tus senos al aire, blancos, purísimos, tu cara de Virgen, salpicada, pero no por eso menos blanca, y tu pelo dorado, remedando una vez más los trigales del camino a Lublin, esparcidos ante mis ojos y los ojos de esos hombres, admirados por tu belleza.

Eras muy hermosa, Luvianka.

TERCER LUGAR



Rosamador '79

TEATRO

(1er. Lugar)

Bienvenido, papá

* Por Eusebio Ruvalcaba

Obra en un acto y cuatro escenas

Personajes: Luis, 13 años
Toño, 11 años
Pablo, el hijo, 11 años
Carmen, la mamá
Pablo, el papá

Epoca: 1978, 1982, 1986 o así sucesivamente.

Lugar: México.

Escena I

(Cualquier parque ciudadano. Pablo se encuentra acostado en el pasto. Pasan Luis y Toño con sus respectivos "útiles"; al descubrir a Pablo se dirigen a él, quien rápidamente se incorpora. Los tres visten el mismo uniforme escolar.)

Luis: (Dirigiéndose a Pablo): Quihubo, manis.

Pablo: Quihubo.

Toño: ¿Qué trais? ¿Ya no piensas ir a clases?

Pablo: (nervioso, con las manos en los bolsillos): Es que... se me ha hecho tarde; y también he estado medio malón

Luis: (burlándose): ¿Malito? ¿Tarde? Naranjas, no te hagas güey. No has ido por tu jefe, me cai. (Pausa) ¡Ja, ja, ja! Y tú que venías de hocicón: "fíjense que mi papá se va al Mundial", "fíjense que mi papá se va al mundial". Ya ves, cabrón, nomás fue a hacer el ridículo.

Pablo: (nervioso): Mi papá no fue el único que jugó, tarado. Se ve que no lees los periódicos, ¡la culpa fue de todos!

Luis: Pero más de tu jefe, güey.

Toño: Si, es cierto. Mira pinche Pablo, tú dirás lo que quieras y la bronca no es contra ti, pero tu jefe la cagó gacho, me cai.

Luis: (dándole unas palmaditas en la espalda a Pablo): Je, je, ¿qué se siente ser hijo de un güey, ¿eh? (Pablo intenta, con el puro ademán, golpear a Luis pero algo lo detiene, como reconocimiento que Luis tiene razón). A mi, puta, me cai que me daría un chingo de vergüenza, en serio mano.

Toño: A quién no...

Pablo: (responde con aplomo pero sin llegar a violentarse): Vergüenza orita, pero qué tal envidia me tenían hace unos días. Entonces sí, ¿verdad? ¡nomás se les caía la pinche baba!

Luis: Tú lo dijiste, mano, hace unos días porque tu jefe prometía. Pero orita, jijo, yo mejor me quitaba la vida de puro pinche coraje.

Pablo: (Después de una pausa): Bueno, ya estuvo suave. Yo me voy a mi casa, nos estamos viendo.

Luis: (deteniéndolo): Cálmate, mano. Yo que tú ni llegaba, si 'ora llega tu jefe. ¿Qué le vas a decir? "Felicidades, papi" o "Chin, ya ganaremos en la próxima, no hay cuete".

Toño: (A Pablo): Si quieres vente a mi cantón. Total, luego voy por tus cosas y le digo a mi jefecita que te vas a quedar a vivir con nosotros...

Pablo: Gracias, Toño, pero no. "Aí" nos vidrios 'ora sí.

Escena II

(20 minutos después. Interior de la recámara de Pablo. Se ven carteles de un futbolista, ora anunciando productos, ora posando con el balón o con su equipo. Carmen busca algo en la cómoda de Pablo, cuando entra éste, todavía con sus útiles bajo el brazo).

Pablo: Mamá, ¿qué haces (Avienta sus útiles a la cama y le da un ligerísimo beso a su madre.)

Mamá: Estoy buscando tu camiseta, la del equipo de tu padre. Quiero que vayamos a recibirlo, seguramente tiene muchas ganas de vernos y...

Pablo: (colérico): ¡No, no! Yo no quiero ir. No voy, no podría verlo...

Mamá (Se dirige hacia Pablo al tiempo que le dice): Pero, hijo, eso ya lo hemos discutido hasta el cansancio. No te puedes poner en ese plan. Ven, siéntate (un poco forzadamente lleva a Pablo a la orilla de la cama). Tu padre hizo lo que pudo, su máximo esfuerzo...

Pablo: ¿Su máximo esfuerzo? Su máximo esfuerzo fue perder: Si todos lo dicen: en la tele, en el radio, en el periódico, en la escuela. Mi papá es un perdedor, no hay de otra.

Mamá: No debes ser tan duro al juzgar. Además, él no estaba solo...

Pablo: Eso mismo digo yo: "El no estaba solo". Pero me dicen: "tu papá no sabía burlar", "tu papá no sabía ni dar un pase", tu papá, tu papá...

Mamá, no quiero ir, por favor, no quiero ir a recibirlo.

Mamá: ¿Y qué le diremos? Tarde o temprano tendrás que hablar con él y no puedes faltarle al respecto... después de todo es tu padre.

Pablo: No sé, mamá, no sé... pero mejor dejémoslo para más al rato... ¡Tú tienes que ayudarme!

Mamá: (suplicante): Por favor, hijo, tu papá va a sufrir espantosamente si lo desprecias. Está bien, no vamos por él, pero prométeme que lo recibirás bien, que harás lo imposible...

Pablo: Mamá, yo...

Mamá: Prométemelo, ¡Prométemelo!

Pablo: Está bien, mamá... te lo prometo.

Escena III

(En la recámara de Pablo, cuatro o cinco horas después. Pablo y su madre hojean una revista. Se oyen gritos del padre. "¡Carmen, hijo, ya estoy aquí!" Pablo y su mamá cierran rápidamente la revista. Entonces, abriendo estrepitosamente, entra el papá a la recámara. Lleva puesto su abrigo de viaje.)

Papá: (extendiendo los brazos): ¡Sorpresa, familia, aquí estoy!

Pablo: (se frena en su ansiedad de abrazar a su padre, solamente se levanta de la cama con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha); Eh... qué bueno que ya llegaste, papá. Te ves muy bien. Yo, yo... quería decirte que...

Papá: (perplejo): ¿Qué sucede aquí? (pausa; percibe lo que está pasando): Oh no, ustedes también...

Mamá: (se levanta y abraza a su marido): No, Pablo, nosotros no, solamente que...

Pablo: (interrumpiéndolo bruscamente): Tú me fallaste, papá. Me prometiste otra cosa...

Papá: Cierto, hijo. Pero las cosas no pasan siempre como uno quisiera. Mira, te voy a explicar (toma a Pablo de un brazo quien se suelta con un ademán de fastidio)...

- Mamá: ¡Pablo...!
- Pablo: (a su padre): ¿Qué me vas a explicar? Es mejor aceptarlo: "somos un país de perdedores", así dicen todos. En *todo* nos va mal...
- Papá: (Este parlamento es muy importante y debe decirse didácticamente, a a manera de lección.) Eso es una verdad a medias, Pablo. Una cosa es la que sucede en México y otra la que pasa en el resto del mundo. Tienes que comprender esto si no quieres ser un desdichado toda tu vida. ¿Cómo crees que me siento ahora? Pero ya se me pasará, dentro de un año esto habrá pasado a la historia y seré otra vez un ídolo. Tu patria debe ser tu vida, lo demás no tiene que importarte. Si los periódicos extranjeros —o los de aquí, qué importa— dicen que somos un país de perdedores, qué importancia puede tener. La realidad es una y no la que los periódicos inventan. Aquí somos felices, aquí tenemos también gente que triunfa, gente que vale. ¿Entiendes, hijo, lo fácil que es para una persona ser feliz en México? No hay problema, créemelo, no hay por qué angustiarse. Estas cosas que pasan son experiencias momentáneas, sin ninguna trascendencia. No te preocupes, hombre, nada ha cambiado. Tu padre sigue siendo una gran figura, modestia aparte.
- Pablo: Pero *tú* me habías prometido otra cosa y eso es lo que me importa. Me dijiste que iban a llegar a cuartos de final, me lo aseguraste. Me dijiste que si nadie le metía ganas tú te ibas a hacer cargo, que ibas a estar al frente, siempre al frente. ¡Tú me fallaste, papá, me fallaste! ¡No quiero saber nada más de ti, nunca! (Al tiempo que grita "¡nunca!", Pablo brinca a la cama y arranca de la pared dos o tres carteles de su padre mientras éste y su madre permanecen petrificados.)
- Mamá: (histérica): ¡Basta, Pablo, basta! ¿Y tu promesa? ¡Acabas de hacerme una promesa! (Pablo, exhausto y llorando se deja caer en la cama, bocabajo.)
- Papá: (desfallecido, se sienta a la orilla de la cama. Midiendo, sopesando cada una de sus palabras): No cabe duda, mujer, somos un país de perdedores. Mira (mirando a Pablo), nadie cumple sus promesas...

Escena IV

(Interior de una cocina. Desayunan Pablo y sus padres. Pablo permanece cabizbajo, como ausente.)

- Papá: Y luego le dije: Pelé,* te traigo una invitación del equipo a ver si quieres jugar con nosotros aunque sea un ratito. Ya sé —mejor dicho, ya sabemos— que no estás jugando... pero... pues... por el recuerdo de tu México que te quiere con toda el alma...
- Mamá (interesadísima): ¿Y qué te dijo?
- Papá: Espérate, que por la emoción no puedo ni platicar (toma aire). Pues bien, me dijo (imitando la voz de un brasileño): "OK, OK quince minutos". Lo demás ya te lo imaginas. Hicimos una pareja extraordinaria. combinábamos perfectamente: burlamos a los otros como si fueran estatuas y nos cronometramos como relojes. ¡Qué bruto! Me tiró unó centro que yo maté divinamente con el pecho para lanzar un trallazo y hacer pedazos las redes enemigas.
- Pablo: (como no queriendo mostrar interés): ¿Ustedes ganaron?
- Papá: ¡Claro, hijo! 2-0 en veinte minutos. Desde luego, el otro gol fue de Pelé.
- Pablo: ¡Cuéntamelo, papá!
- Papá: Fácil... él solito, en menos de que canta un gallo. Salió de nuestra portería, hicimos una triangulación increíble, se lanzó por el extremo iz-

* Se puede utilizar el nombre de cualquier jugador famoso pero retirado, según la época.

quierdo y desde afuera del área chica soltó un cañonazo con efecto que jamás vio "La araña colorada", él estaba parado en lugar de Rogelio. Caray, hombre, estuvo de película, hubieras visto. Mira, aquí tengo una foto que me saqué con él. Estamos abrazados...

Pablo: (interesadísimo; se levanta como un rayo de la mesa): ¡Enseñamela, Papá! (La mira y lee en voz alta: "Para Pablo Ruiz Castillo, mi amiguito en México. Pelé". ¡Autografiada para mí! ¡Autografiada para mí! ¡Yuuuu-piiii, qué suerte! (Pausa) ¡Se la voy a enseñar a mis cuates. Luis y Toño se van a morir de la envidia, ja,ja,ja! (Con su fotografía, Pablo sale corriendo de la cocina.)

(2o. Lugar)

El alhelí se marchita

OBRA EN UN ACTO

Por *Ma. Beatriz Ambriz*

PERSONAJES:

Frazer
Nietszche
Marx
Weisz
Bertrand Rusell
Bergman
Shakespeare:
Freud
Alhelí
Posada
Wilhelm Reich

I

La vegetación es exuberante y el calor es bastante fuerte. En el centro del escenario se encuentra un alhelí marchito, del lado derecho hay un árbol y más atrás un arbusto.

Entra Frazer cargado con un equipo de expedición, detrás de él, viene Nietszche ayudándole, viendo hacia el cielo. Frazer se detiene ante el alhelí.

Frazer: —El alhelí se marchita; esto es animismo puro. Parece como si nos dijera algo.

Nietszche: —No digas estupideces, es existencialismo en toda su esencia. Nada mejor como la muerte de este alhelí: para demostrar lo que somos y cual es nuestro destino.

Frazer: —Esas lucubraciones están fuera de contexto, es lo más trillado que he escuchado. Ve a la Universidad y cualquier joven te habla en esos términos.

Nietszche: —La vida es trillada, las flores son trilladas todo es trillado en este mundo. Sólo el hombre en esencia no lo es.

Frazer —La esencia es el alma.

(Mientras están en plena discusión entra Marx con una red cazando mariposas en plena carrera y se topa con el alhelí).

Marx: —Este es un problema de la Dialéctica. Si las fuerzas productivas crean el aparato industrial rechazándolo después, éste a su vez, se lanza contra las fuerzas de producción. El resultado es el uso desmedido de armas nucleares que provocan radioactividad en exceso. Esto origina la agonía de esta inocente criatura productora de oxígeno. ¡Se dan cuenta! ¡PRODUCTORA!

Frazer: —Exacto! Es una protesta de este dulce y bello ser... ¡Porque tiene ser!

(Weisz, que observa insectos detrás de un arbusto, se asoma)

Weisz: —¡No, no, no! Es un problema ecológico. La contaminación es una merma para la vida. ¿Cómo va a desarrollarse esta materia viva

vegetal mientras exista el smog? Al morirse esta planta por motivos externos a la existencia natural estamos rompiendo el equilibrio de un nicho ecológico. El único resultado es un desequilibrio en la vida de todos.

Bertrand Russell que se encuentra dormido desde un principio, despierta de un salto.

Bertrand R. ¡Me han despertado! No soporto tanta conjetura incoherente. Yo tengo la solución a este problema. Es la ausencia de amor. Si todos nos amásemos esta planta viviría.

Todos se ven con expresión de no entender. En eso baja de un árbol Bergman con una cámara siguiendo el alhelí.

Bergman: —Es la imagen perfecta. Primero un niño de mirada ansiosa, después una madre con su hijo. ¡La madre! ¡El niño! ¡La madre! ¡El niño! y por fin, el alhelí. Utilizando filtros en cada toma haremos cambios de imágenes. Es lo que necesitaba.

Entra Shakespeare paseando con una flor en la mano.

Shakespeare: Si Ofelia lo hubiera visto, no se hubiera envenenado... (meditando). Así se puso después de hacerlo... Ser o no ser (Suspiro). (Sale)

Bergman: —¡No tapen la cámara! A un lado. Esto, junto a la madre amamantando al hijo va a dar el efecto preciso.

Aparece Freud indignado.

Freud: —¡La madre! Siempre la sacan desde que yo hablé de ella. Tanta oralidad en este mundo me mata.

Freud: —Todos son unos insatisfechos sexuales. Su edipismo lo sacan todo el tiempo. Por eso discuten esta tontería. ¡Porque esto es una tontería!

Alhelí: —¡Basta! No soporto una palabra más. Déjenme morir tranquila. Tengo derecho a morir cuando se me plazca. Me están limitando mi única decisión posible en esta vida. No muero por el smog, ni por amor, ni por la madre ¡MUERO PORQUE SE ME HINCHAN MIS ESTAMBRES!

Beltrand R. —¡Qué alhelí más grosero!

Frazer: —Se los dije. Animismo puro. ¡Ah!, pero me acusaban de fetichista. Está hablando. ¿Escuchan?

Nietzsche: ¿Qué tiene de extraño que una flor hable? Es lo más normal del mundo. Al fin y al cabo todos existimos.

Weisz: —Aquí hay algún equívoco. Esta no puede ser una flor. Es imposible. No debe hablar.

Alhelí ¡Silencio! Quiero morir en paz. ¡Largo!

Se acerca Posada montado en un ovni y cae junto al alhelí.

Posada: —¡Claro! El alhelí es una planta típica mexicana y los de México sienten adoración por la muerte, de ahí el motivo por el que quiere morir.

Alhelí: —¡No, no! otro más ¡No! Esto parece una pesadilla.

Freud: —¡Exacto!, no es mas que un sueño.

Alhelí: ¿Qué?

En ese momento ocurre una explosión de humo que se desvanece y todos han desaparecido, sólo ha quedado el alhelí en el centro del escenario como en un principio.

Alhelí: —Sí, todo era un sueño, ahora podré morir en paz.

Todo vuelve a la calma, sólo se escucha el silencio. Entra Wilhelm Reich con un extraño aparato, parece ser un orgonómetro. Se acerca al alhelí y lo observa, le acerca el aparato que trae en la mano a la flor y lo echa a funcionar.

Wilhelm R.: Esto es el resultado del orgón mal utilizado, al no salir en forma de energía sexual, se transforma en energía negativa que destruye la vegetación. La aguja está como loca, aquí hay demasiado orgón.

Alhelí: —¡NO! ¡NO! ¡NO!

Sale el alhelí corriendo ante la sorpresa de Reich. Se queda pensando, se encoge de hombros y sale de escena, musitando unas palabras.

Wilhelm R.: Lo que puede hacer la energía sexual en un alhelí que se marchita.

Compañía

27 de enero de 1979

Por Sergio Avilés

(ESCENARIO: un departamento pequeño, de una sola habitación. En el centro hay una mesa redonda con dos sillas; a mano derecha están la estufa y el refrigerador. Hay un fregadero casi oculto detrás de la mesa y a mano izquierda se sitúa la sección dormitorio: una cama provista de su mesita de noche con lámpara para leer y varios libros encima. Seguramente para no resentir las levantadas, entre el comedor y la cama tiene un tapete, al fondo del cual se halla un librero repleto.)

A manera de ángel guardián, pero vestida de civil, sobre el respaldo de la cama, colgando alto en la pared, está una foto de ella montada en madera, de cuerpo completo y tamaño natural, en blanco y negro. Esta fotografía y su corolario: un póster de Farrah que cuelga sobre la estufa, con un gorro de cocinera con la inscripción LE CHEF cortado en papel y sobrepuesto, forman la decoración del lugar. Al fondo del lado derecho, ya de salida, un paisaje cálido penetra por la puerta abierta de la terraza: lo encabeza el Cerro de la Silla y, en primer plano parte de un naranjo.

Un montón de ingredientes cubren ahora la mesa, harina, polvo de hornear, naranjas, nueces, leche y huevos, acompañados de algunos cascarones. Detrás, un hombre joven, de 26 años calculados al azar, vestido en pijama y pantuflas de cuadritos y bata, bate algo en una olla. Parece disfrutar de la música; un vals de Strauss que surge de algún lado.)

Espero que esta vez me acuerde de poner la levadura y no se me ocurra utilizar un molde de plástico. ¡Qué bruto! Debería escribir cien veces El plástico se derrite con el calor... El plástico se derrite... (hace ademán de espantarse una mosca de la cara.) ¿Dónde dejaría los cerillos? (Va hacia la cama, se detiene entonces y vuelve a espantarse la mosca. Regresa y toma un matamoscas de encima del refrigerador; lentamente y como buscando, se pasea por la cocina. Finalmente, se decide a meter el matamoscas dentro del horno. Continúa buscando los cerillos hasta encontrarlos en la mesita de noche. Enciende el horno y retira sorprendido el matamoscas.)

¡Aquí estabas! (Al matamoscas) ¿Por qué dentro de la estufa? Para que las moscas no te destruyan cuando yo no esté. (Lo deja sobre la mesa y mete el pastel en el horno, en la misma olla en que estaba batiéndolo. Luego, se sienta en una silla a esperar... de pronto, descubre algo que vuela a su alrededor y se para de un salto, con el matamoscas en la mano, a la expectativa. No ve nada y vuelve a sentarse, aún tenso y esperando.)

No me gustan esos pasteles que se hornean al revés. Se meten a cocer en el molde y una vez listos se voltean. ¡Es un insulto para la levadura! (Vuelve a espantarse la mosca) ¡Esa mosca me tiene frito!

(Pasa otro rato, sumido en la silla y meditando en silencio hasta que el retrato de ella cae, asustándolo y sumiendo a la habitación en la quietud completa, sin música.)

¡Vaya pues! Primero el original se me va de viaje y tres meses después su rerato pretende seguirla. (Al retrato) Vete entonces. Al fin que me encanta recibir cartitas llenas de faltas de ortografía que me digan. ¡Hola, mi amor! Aquí nace tanto frío que los grillos hacen ¡Brrrrr! y adivina qué: No hay moscas!... No hay moscas ¿He? (Imagina que atrapa la mosca en el aire y la pone en un sobre imaginario también, bruscamente.) Pues aquí te mando una por correo aéreo y con todo mi... odio. ¿Odio o amor? ¡Qué sé yo! Te quiero porque te fuiste y te odio por no estar aquí.

Mira mi departamento, ¿Quieres? Apenas completaste un año en él y ya son éstas tus cosas: Tus cortinas, tus flores, tu almohada... Dejaste un rastro fácil de ver. (Burlón) Como las babosas el jardín.

¿Y que obtuve a cambio? Un poco de amor pero, ¿quién lo sabe valorar Me refiero a cosas prácticas: me enseñaste a hornear moldes de plástico; aprendí a lavar mis platos y a comer fideos. Soy un hombre, puedo comer y tiendo mi cama (efectivamente, está tendida.) ¡La liberación de la mujer! ¡Hay que librarnos de ellas!

Ahhh... Tus besos. Tal vez te perdono por ellos. Además, solo tú sabes cocinar los huevos revueltos que me gustan: batidos antes, a fuego muy lento, no muy cocidos y sin sal. (Vuelve a espantarse la mosca) ¡Esa mosca!

No necesitas mandarme cartas de amor. Como consejo: nunca creas una palabra de amor si no te la dicen al oído.

Estás muy lejos. Yo lo sé. ¿De dónde obtengo el cariño para soportarlo si nunca he querido tener una mascota? Esa sí que es una buena pregunta pero... ¡Mi pastel! (Se levanta rápidamente a sacarlo del horno. Lo pone sobre la mesa y lo mira con orgullo, pues parece que ya le atinó a la receta.)

¿Sabes qué? Parece que al fin he aprendido. ¿Al fin? /No! Esto es el principio. Mira, está bien esponjado; es una obra maestra. Y bronceadito de arriba como tu ombligo en la playa.

Con que, ¿Por qué no tengo una mascota? ¡La tengo! ¡Si la tengo! (una vez más se espanta la mosca) ¡Esa mosca me está aburriendo! No es cierto, aburriendo no. Me entretiene y mucho. ¿Has pensado que una mosca puede significar... compañía?

Si voy a mi cama me sigue a mi cama para dormir conmigo, allí echada a mis pies. ¡No me vaya a resfriar! Si estoy cocinando, juega a hacerme cosquillas en la nariz o el cuello. ¡Es tan juguetona! No entiende que estoy trabajando o si lo entiende y por ello vuela en silencio.

Dicen que es muy sucia, pero es cuestión de cultura. ¿Cada cuándo bañas a tu perro y ¿cuánto vive una mosca? ¡No les alcanza la vida para tomar un baño!

Lo que pasa es que no las observamos bien: ¿Sabes si para pararse en el techo gira sobre sí misma a lo largo o hace un loop como los aviones de guerra?

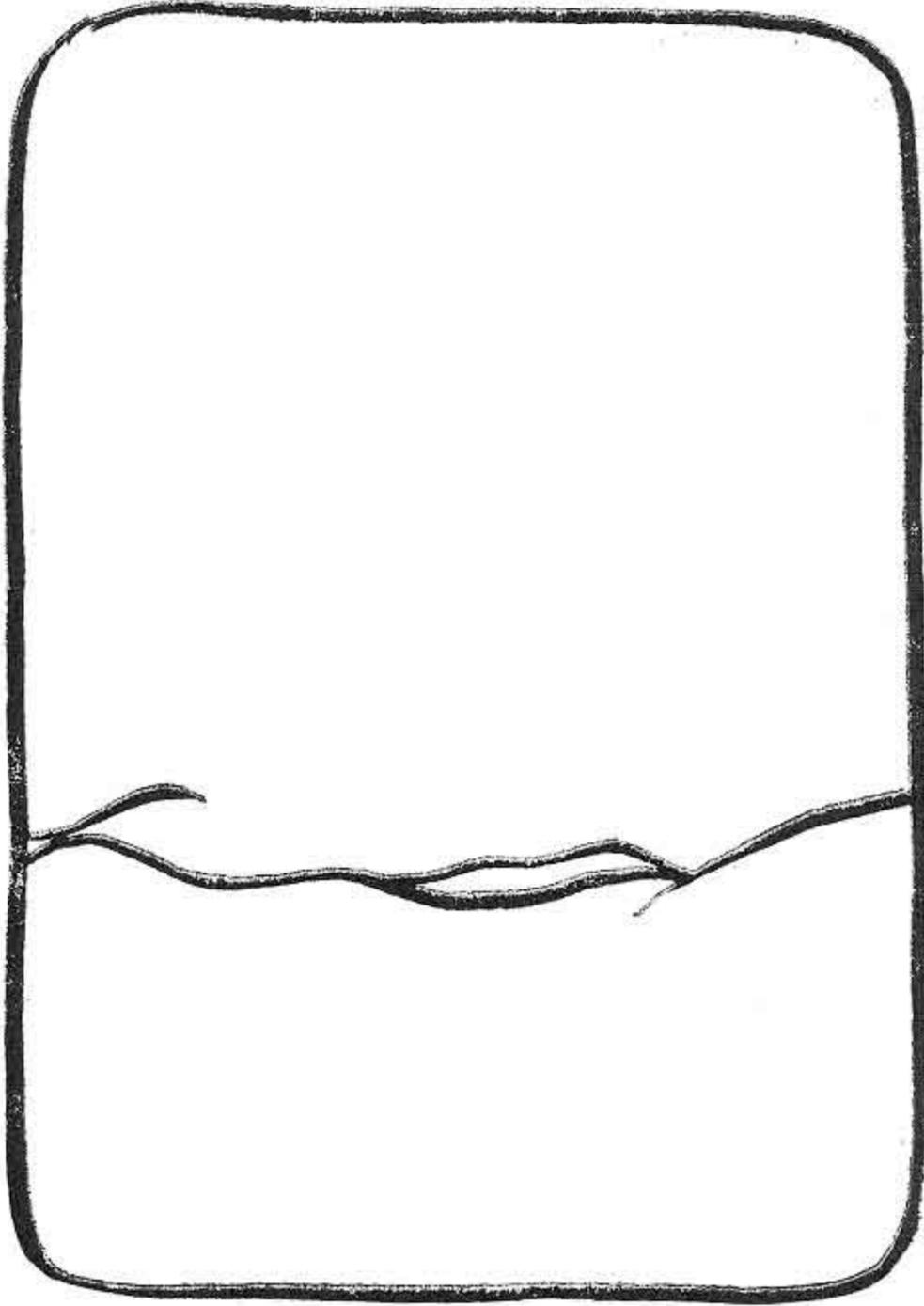
Mírala ahora, parada allí sobre mi pastel, viéndome con esos ojos tristes de largas pestañas como diciéndome "dame" y si sonrío, agita sus manos gritando ¡Qué bueno, qué bueno! ¿cómo? (Acercándose al pastel para observar a la mosca más de cerca.) También agitas las patas de atrás? Con calma, que sólo te daré una rebanada pequeña, y tendrás que ganártela. (En broma, toma el matamoscas a manera de espada y lo esgrime por toda la habitación, lanzando estocadas y cubriéndose.) ¡Lucha por ella! (De pronto, cae de rodillas en el suelo y a gatas, busca a la mosca, probablemente herida.)

¿Estás bien?? ¿Te lastimé? Comprendo que no debería jugar con armas mortales pero... ¡Vamos, te daré doble rebanada de pastel! (La mosca alza el vuelo y él la ve, asombrado pero contento.) ¡Tramposa! ¡Bien que me conoces! (Pasa un momento de rodillas como en trance. Se está llevando a cabo una transformación, como si el sentimiento le estuviera llegando finalmente al corazón, después de que lo racionalizó el cerebro. Cuando se levanta, hay un cambio de iluminación y la música vuelve, pero esta vez es triste: "Sueño de amor" de Liza. Regresa hacia el retrato de Ella y lo mira melancólico; luego, con aire cansado, suspira y le habla.)

No, no te necesito. Tengo compañía. (Va a sentarse, lentamente y con pasos viejos. Medita en su silla unos instantes. La mosca, mientras tanto, se ha parado en una esquina de la mesa redonda. El la observa y sin mover más que el brazo, en actitud inercial, la mata de un fuerte golpe.)

TELON

TERCER LUGAR



Roomabout 79

Se terminó la impresión de *Punto de Partida* No. 64-65, el día 30 de enero de 1980, en los TALLERES GRAFICOS DE MEXICO, S. A., Sur 69-A No. 402, Col. Banjidal. Tel. 539-32-17.

Se tiraron 2 000 ejemplares más sobrantes para reposición.